

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año I.—Núm. 12

EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS

Santiago de Chile, Marzo de 1910

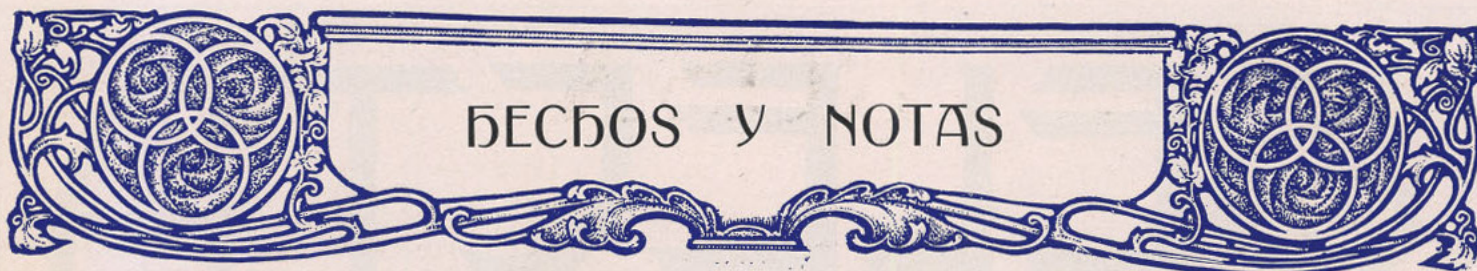
DIRECCION:
CALLE TEATINOS 666

Precio: 1 peso

ARTE MODERNO



EL BOSQUE SILENCIOSO.—Eduardo Rudisuhli.



DECEBOS Y NOTAS

En estos primeros días del mes de Marzo viene rápidamente acercándose una hora grave para la vida de los padres, y también para la de los hijos. Ha llegado el momento de los estudios, los colegios se abren, bárranse las viejas y espaciosas salas, el plumero sacude las capas de polvo acumuladas por los meses de vacaciones y de alegría juvenil, resuenan los pasos de los jóvenes en los claustros universitarios y se inicia la hora del recogimiento y del estudio. Es, como decía, un momento grave en la vida de los padres. El porvenir de sus hijos se desarrolla, ante sus ojos, como un vasto y angustioso panorama. No se sabe qué será de ellos, si alcanzarán, con su aplicación y sus estudios, un puesto de provecho en la sociedad en que viven ó si formarán en la turbamulta de los inútiles, de los parásitos de la vida social; si habrán de figurar entre las abejas fabricadoras de la dulce miel, ó si volarán entre los zánganos, consumidores estériles.

Ahora se presenta, para los padres de Chile, ese problema inquietante y eternamente renovado de la educación de los hijos. Es un problema complejo de educación y de enseñanza. La educación va formando lentamente el alma, delineando los sentimientos puros y nobles, el predominio de los instintos buenos sobre los defectos y flaquezas del carácter, mezclados todos en el ser humano. El talento del educador—padre ó madre de familia—consiste en fortificar la que levanta y ennoblece, arraigando las nociones de virtud y de bien, que deben guiarnos á través de la vida con su destello luminoso. El niño, desde pequeñuelo, debe acostumbrarse á mirar el cumplimiento del deber, en su diversas fases, como el ideal supremo de la vida, sin tomar en cuenta el provecho ó el daño que resulte de cumplirlo, de manera desinteresada en sí misma. La experiencia de la vida le hará comprender, por sí sola, cómo la felicidad, es decir, la paz del alma, la calma suprema y la suprema tranquilidad de la vida brota naturalmente en la existencia honrada, á la vez que los extravíos y los vicios llevan en su seno el germen terrible del castigo, traducido en padecimientos físicos ó en dolores morales, en enfermedades dolorosas que minan subterráneamente el organismo ó en estados de alma de amargura inmensa y de hondo y fatigoso desencanto.

El padre medita sobre el porvenir del niño, y, mirando á menudo el provecho material é inmediato, suele descuidar la educación moral, parte la más importante de la formación de un ser, por la simple cultura intelectual, que no viene á ser sino el instrumento, de carácter más positivo, que haya de servirnos para alcanzar el éxito en la lucha de competencia humana, en la carrera social ó comercial que conduce á la fortuna. Se olvida que la fortuna no es ni puede serlo todo, y que de bien poco vale si no se halla complementada por el equilibrio moral, procurado solamente por obra lenta, paulatina y cuidadosa de la acción de los padres sobre el espíritu de los hijos.

Luego se abre el colegio. Algunos piensan llevar sus hijos á los internados, lo cual, sin duda, es el camino más cómodo para los padres. Si son jóvenes, se verán libres de ruido y de molestias, de gritos, de carreras, de muebles rotos y de las pequeñas incomodidades de la vida ordinaria. El tiempo les queda enteramente libre, son dueños absolutos de sí mismos, pueden concurrir á los paseos, asistir á bailes, fiestas y diversiones, continuando sin trabas ni molestias su existencia ociosa de alegre carnaval mundano. La idea es tentadora, fácil el camino, pero, en cambio, el niño quedará entregado á manos extranjeras y vivirá desterrado de los suyos. Acaso la enseñanza sea más cuidada, y el provecho intelectual de mayor cuantía. Introducirán los niños, en sus cabecitas rubias ó morenas, una cantidad de cosas y de ideas, de datos científicos y cálculos matemáticos, enseñanzas de gramática y de historia, de ciencias naturales y de filosofía; más, en cambio, la educación moral no habrá marchado en igual forma. Allí, en el encierro de su cárcel momentánea del internado, el chico siente el vacío profundo del cariño materno, de la palabra dulce, del afecto suave y de la tierna mirada de su madre. Habrá ganado, acaso en la enseñanza lo que ha perdido en la educación; podrá ser más sabio, más culto y más leído, pero ya no tendrá la misma formación de alma que si hubiera vivido constantemente al lado de sus padres. Y, por otra parte, el éxito en la vida no consiste precisamente en lo que se sabe, sino también, y á veces con más fuerza, en lo que se es, en la estructura del carácter, en la manera de pensar, de sentir y de obrar en un momento dado. Por eso resulta, muchas veces, que muchachos sumamente inteligentes en las aulas, suelen venir á menos en el escenario de la vida, no llegan á la fortuna, á la posición ó al punto que verdaderamente les tocaba. Su inteligencia, desprovista de la correspondiente seriedad y equilibrio, carece del crédito moral, que es un capital tan positivo como el crédito comercial. Acaso malos compañeros ó amistades equivocadas, desarrollaron en sus jóvenes almas defectos y miserias, el espíritu de vanidad ó de orgullo, la pereza, el amor á la vida fácil y peligrosa, la pasión del goce, la seducción del brillo fugitivo, el peligro inmenso de las ganancias ó de los triunfos obtenidos sin trabajo y sin grandes esfuerzos. Todo eso, que corres-

ponde á la educación verdadera, ha sido entregado voluntariamente por los padres á la carta aleatoria de una vida de internado, dejando al niño y su vida en sus manecitas frágiles, en su propio cerebro inexperto.

No pensaron los padres, sin duda, cuando llevaban su niño palpitante y ansioso al internado, en todos los graves problemas que resolvían de golpe, egoístamente, acaso por comodidad, tal vez por indolencia, al entregar su niño en manos extranjeras que podían no llegar á comprender jamás los misterios de esas almas infantiles, adivinados, tan sólo, de manera completa, por el instinto infalible de las madres. Nadie puede suplir, por otra parte, los cuidados y enseñanza pequeña pero no por eso menos positiva de la madre, que suele decir al hijo, entre cariñosa y enojada: "Tú acabarás los días en presidio porque andas siempre con las uñas sucias".

El niño se ha convertido en joven, como la crisálida en mariposa, y está á punto de salir volando, con sus alas, en busca de su propio y definitivo porvenir. La Universidad abre sus anchas puertas y le ofrece cátedras para todas las carreras y para todas las profesiones. El padre, á su turno, ha pasado más de una noche toledana meditando en la carrera que abrirá de procurar á su hijo. No sabe si hará de él un médico, un ingeniero, un abogado ó un comerciante; si le dedicará á las armas, á la carrera administrativa ó al sacerdocio. Quiere, á toda costa, colocarlo en situación de valerse por sí mismo, de ser rico, de llegar á millonario, de hacerlo poderoso, que dicte leyes, rija pueblo ó maneje ejércitos y ocupe, en todo caso, una situación tan excepcional como proeminente. Nunca piensa en darle una carrera que le haga feliz y útil, padre de familia y buen ciudadano. Pocas veces le detiene la idea de investigar sus verdaderas aptitudes y procurar un camino en el cual encuentren su completo desarrollo y la plenitud de su potencia; son bien raros los padres que estudian cuidadosamente el alma de sus hijos y los inclinan al verdadero campo en el cual puedan florecer sus facultades.

Es justo, por otra parte, reconocer que Chile atraviesa por una época de transición en la cual es difícil conocer cuales son las carreras lucrativas y en cuales de ellas pueden hallar mejor éxito las almas infantiles. Abogados, los tenemos por centenares de miles; los hay sin más esperanza de juicios que la del Juicio Final; hasta llegaron á presentarse más de sesenta en un concurso para un empleo de oficial de Ministerio. Se reciben al año tantos médicos que hasta nos van faltando enfermedades para ellos. Por más epidemias que tengamos, hay siempre más médicos que dolores de cabeza. En cuanto á los ingenieros, esos suelen encontrar trabajo, y no les falta el pan de cada día, pero no alcanzan á llegar á la fortuna.

La carrera administrativa está mal remunerada, y cada día irá cayendo en menos, á medida que el valor de la moneda se deprecia. Todo esto, sin contar las inestabilidades y contingencias incesantes que trae consigo la política.

Tenemos, por otra parte, en Chile, una serie de preocupaciones heredadas de la madre patria que dificultan y entranaban el porvenir de nuestros hijos. En otro tiempo, un hidalgo sólo podía servir á Dios ó al Rey en el sacerdocio ó en las armas. Luego se ensanchó un poco más el límite. Hace cuarenta años, cuando un joven de buena familia entraba de médico ó dentista, le miraban las otras con horror, casi con desprecio. Hemos acabado, en esto, con algunos prejuicios. Sin embargo, todavía nos quedan no pocos, olvidándonos de que en las realidades de la vida todo trabajo honrado ennoblece.

Chile es un país joven y de un porvenir inmenso. Los flancos de nuestras montañas ocultan riquezas enormes en ricos minerales de cobre, de hierro, de oro, de manganeso, de plata y de carbón. En las cordilleras existen fuentes de petróleo. Nuestros campos no han entrado todavía por los cultivos intensivos y económicos. Aún no hemos aprovechado el agua como fuerza motriz, el carbón blanco. Tenemos, en el sur, reservas de campos y de bosques. Se divisa, en suma, una riqueza inmensa en nuestra tierra; pero esa riqueza es todavía estéril, porque falta, para darle vida, una fuerza moral é intelectual.

Para eso debemos preparar á nuestra juventud. Con ese propósito debemos educarla y enseñarla. Educarla, desarrollando en ella el espíritu de iniciativa, de energía, de resistencia inquebrantable de los contrastes, de esfuerzo perseverante, de empuje, de trabajo viril; educarla con las cimientes de moralidad indispensables para las transacciones comerciales, con el respeto de la fe jurada y de la palabra empeñada, base de los negocios mercantiles. Eso nos hace falta para no desacreditarnos enviando al extranjero barriles de miel con ladrillos y fardos de pasto con piedras, que hacen bajar nuestros productos. Y debemos también prodigar la enseñanza práctica, olvidando los nombres de las queridas de Lufs XV y enseñando la fabricación de quesos. Más vale conocer la organización de un nuevo cultivo, el desarrollo de la fruta seca ó en conserva que la vida de Madame de Pompadour ó de la Señora Dubarry.

ROSA

LA ví por primera vez en un día de crudo invierno, acurrucada en un banco de la plazuela de Santo Domingo, tiritando de hambre y de frío, descalza y casi desnuda.

Se sentaba sobre sus rodillas un canasto viejo, amarillento y remendado, lleno de violetas recién cogidas que ofrecía á los transeúntes con tono persuasivo, dulce y triste á la par. Dulce y

sello de indefinible tristeza, esa caída patética que marcan los dolores comprimidos. Sobre sus mejillas demacradas arremolinaba el viento helado de aquella mañana, nebulosa y fría del mes de Junio, las negras hebras escapadas de sus largas trenzas desgredadas.

Sólo los ojos daban vida á aquel rostro enfermizo: eran inocentes, soñadores y sombríos. Ojos en cuyas oscuras pupilas anidaba esa queja muda que caracteriza la mirada inquisidora y doliente de los hijos de las buhardas.

Me acerqué á ella atraído por indefinible sentimiento de ternura y compasión, compré un manojo de las frescas flores y, en cambio de ellas, llené de monedas de diferente valor la mano delicada que tímidamente me tendía. Esperé ver aparecer en sus ojos el brillo avaricioso, la mirada satisfecha del pordiosero de oficio; no estaba preparado para la serie de expresiones cambiantes que transfiguraron en rápida sucesión el rostro sensitivo de la pequeña florista. Sus ojos vagaron atónitos por mis facciones todas y luego se clavaron en los míos con insistente afán; las maravillosas pupilas se dilataron y en sus profundidades misteriosas de mina inexplorada apareció el reflejo luminoso y suave del alma de fuego, cuyos sentimientos no habían aprendido á custodiar ni á desfigurar siquiera todavía; de sus arcanos insondables surgió luego leve niebla de pesar que se deshizo en lágrimas que hincharon los párpados pesados y fueron á caer al corazón probablemente, puesto que por sus mejillas ninguna ví rodar.

Largo rato bebí en ellos la historia tristísima de trabajos excesivos, de hambres no satisfechas, de noches de insomnio y de frío, de sed de ternura no saciada, de inocencia, paciencia y de candor.

Y ella, la pálida flor de invierno, en los míos ¿qué leyó?... Cobarde y cruel juramento de sacrificar el rico perfume de sus pálidos pétalos puros en los altares de mis pasiones, únicos ídolos que había mimado en mi accidentada vida, mi alma hizo: "Mía serás", me dije, y me alejé llevando en el corazón la imagen delicada de la mujer que más tarde mi gloria y mi martirio fué.

¿A qué contar la historia de victorias sin honor, ganadas á fuerza de astucia y oro? Rosa fué mía según la costumbre del país y, por dos cortos años deliciosos, mi cerebro germinó y produjo ricos frutos á la tibia caricia de sus débiles manos infantiles, y mi corazón sediento halló sobre el suyo consuelo á su dolor.

Más tarde llegué á amar á esa mujer con ternura y lástima, primero, con intensa, loca pasión, después.

Y entonces, cuando era tarde para deshacer lo comenzado ya, vino el crudo despertar.

Fué en tiempo de los trigales dorados y de los manzanos en flor cuando se acercó á mí y, doblándose á mis plantas, circundó con sus brazos mis rodillas: "Estoy cansada, quiero morir ya", me dijo alzando la pálida faz bañada en llanto, y el eco de su acento de cisne asesinado hirió mi corazón con fuerza cruel.

Quise consolarla atrayéndola sobre mi seno palpitante, cubriendo de cálidas caricias sus frágiles formas amadas; ofrecí abandonar con ella y por el ella el patrio suelo; en apasionado ruego la supliqué se uniera á mí con lazos mundanales, y traté de hacerla olvidar el pasado pintándole un porvenir lleno de paz y de pureza. Intenté mandar buscar al cura y los testigos y de rodillas la ofrecí el anillo nupcial que há tiempo guardaba en mi pecho; pero en vano: mis cariños, no tardé en notarlo, no hacían sino fatigarla más, mis desvaríos y juramentos no tuvieron otra recompensa que sonrisas pasajeras, quién sabe si de pena ó de placer, ni mis súplicas otra respuesta que el refrán doliente que resuena en mis oídos todavía: "Es tarde ya", y tuve que resignarme á verla languidecer y consumirse lentamente como cirio transparente, en obscuro nicho abandonado.

Desde el primer día había venido á sentarse en un pisito junto á mí mientras yo escribía, y ahí me acostumbré á verla con alguna costura ó tejido de vistosos colores para los hijos de los inquilinos de la estancia, á donde la había llevado, entre sus blancos dedos febriles; y en las pocas ocasiones en que la ví perrezosa, apoyaba la cabecita ebúrnea en el borde del escritorio y



...Dulce y triste era también el rostro de la diminuta vendedora...

triste era también el rostro de la diminuta vendedora cuya edad habría sido difícil adivinar, tan compleja malla de líneas había trazado en él el destino.

Su frente pálida y quebrada ostentaba ya la huella de largos años de miseria y sufrimientos. Sus labios macilentos, tan azules como las flores que protegía con manos temblorosas, tenían ese

me seguía con sus ojos tempestivos, lectores de alma, sugestivos; y yo me sentía fuerte y feliz teniéndola tan cerca de mí y de mis pobres poesías. Las que el mundo ha llamado buenas, son las que nacieron y cuajaron en mi mente á la lumbre ardiente, inspiradora de sus hondas pupilas dilatadas.

Un día no vino y la busqué inquieto en su alcoba, en la mía, por los huertos y jardines, y á medida que pasaban ante mis ojos el blanco lecho, el sillón enorme en que tantas veces la había sorprendido arrollada, cantándole arroyos al viejo cucho de su madre, las rosas plantadas por ella el año anterior, sentía que sunchos férreos estrechaban lacerando mi corazón y, por primera vez en la vida, pronuncié entre sollozos el nombre de una mujer. Y seguí desesperado el curso del río en cuyas márgenes musgosas la había visto jugar tantas veces con los niños del lugar, hasta el grupo de viejos manzanos que habían sido su delicia desde la mañana en que la cogí por primera vez en mis brazos. Ahí la encontré acurrucada al pie del viejo partícipe de sus ensueños, pues que tenía la curiosa costumbre de contarle

Lentas pasaban las horas, y para distraerla le conté la historia de mi vida con sus páginas borrosas; quise hacerla comprender que ella la había modelado de nuevo, despertando en mí los gérmenes del bien casi estrangulados bajo la maleza acumulada en él al través de largos años de miseria y de maldad. La hablé de mi pasión inmensa; la hablé yo, el ateo, de Dios y el más allá, y ella me escuchaba silenciosa, sonriendo como suelen sonreír los que saben más de lo que quieren revelar.

A la caída de la tarde, cuando las aves vagabundas empezaban á cruzar el cielo en rauda vuelo al nido tanto tiempo abandonado, y de los prados rumorosos venían voces gemibundas del día agonizante, "quiero ver morir el sol", me dijo; y cuando el disco inmenso, fulgurante, empezó á hundirse en el vasto domo occidental ensangrentado, la llevé suavemente á la puerta de su habitación.

En derredor todo era ternura, paz y amor.

Allá, á lo lejos, la silueta indecisa de la cordillera costina, envuelta en tenue velo purpurino, se desvanecía en brazos de la



...Las rosas plantadas por ella el año anterior...

su pena y esperanzas á los seres inanimados, llena la falda de pétalos albos, perla y rosa, fijos los ojos en el opalino horizonte lejano.

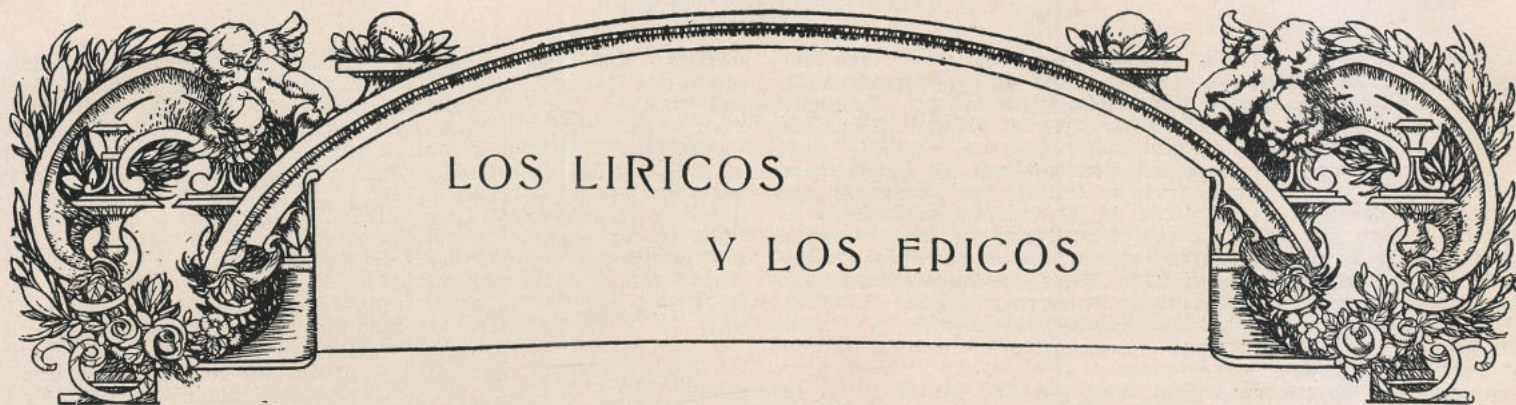
Y hubiera dado mundos por ver aparecer en sus mejillas decoloridas las auroras que dos años antes evocara mi presencia, y en sus labios la sonrisa lenta, enigmática que daba á su rostro un encanto tan singular; pero ni una sola señal externa manifestó cuando me vió á su lado. "Estaba calculando la distancia que me separa del cielo", me dijo cuando le pregunté angustiado qué hacía ahí, y sentí que se estremecía como pájaro herido en manos de torpe cazador, cuando la alcé de la gama fría y eché á andar hacia los frescos corredores de la casa, cubriéndola de besos, hablándola como á niño, ebrio de amor y de miedo.

Pasó el día en mis brazos, asegurándome que se sentía bien, secando las lágrimas que brotaban de mis ojos, cubriendo con su diáfanos manos núbias mis labios temblorosos cada vez que la pedía perdón por el veneno que había vertido en su vida.

tarde tibia, y en los míos, un alma de mujer incomprensible, misteriosa, aguardaba en calma, sin dudas ni temores, la voz del creador.

Momentos antes de partir se entreabrieron sus labios orlados ya de sombra azul. Me incliné sobre ellos sediento de una palabra postrimera de amor y de perdón, y lentas, quedas, sollozantes, cayeron sobre mi alma, atormentada por cruel remordimiento, estas palabras: "dime, ¿te he querido yo?" Fueron las últimas que pronunciaron, y desde aquel día han enconado en mi corazón, llenando de amargura el ocaso sin fulgores, angustioso y desolado de mi vida.

Sordo ruido de carruajes que avanzan lentamente, murmullos de alegría y vida por doquier y, dentro del féretro lujoso, la forma inanimada de mi amigo y camarada desde la cuna, de cuyos labios temblorosos había oído esta historia la tarde anterior.



LOS LIRICOS

Y LOS EPICOS

Don EDUARDO DE LA BARRA

¿COMO, nos decíamos, al empezar estas líneas, escribiremos sobre el maestro venerado, sin que nuestras palabras de hoy profanen nuestra admiración de ayer? ¿Debemos entregarnos al recuerdo ó resistirlo en nombre de nuestra nueva conciencia estética? Para sentir nuevamente lo que sintiéramos en un momento determinado de nuestra vida,—un anhelo, un alma, un paisaje,—deberíamos colocarnos, por un movimiento regresivo de nuestro ser moral, en el mismo momento determinado y único. ¿Pero cómo aislar ese momento de la influencia vivificadora del que lo precedió y de la influencia desvanecedora del que vino en pos de él? ¿Cómo situarnos en su punto preciso para revivirlo en toda su frescura original? Además, la permanente inquietud de espíritu que hoy nos quiere llevar al pasado para ver al poeta en una luz gloriosa nos impidió también en ese mismo pasado, verlo en sí, en su actualidad; nos hizo admirarlo en su futura consagración, nos hizo, adelantándonos a lo venidero, venerarlo en la serenidad de su triunfo decisivo. ¡Dolorosa inquietud! ¿Qué guía la marea de las aspiraciones, que ora se recoge silenciosamente buscando una nota perdida en el camino y ora se despliega rumorosamente persiguiendo un silencio soñado en el confín?

En una mancha suave de claridad perdida en la penumbra de un modesto gabinete de trabajo, recordamos al poeta. Su rostro era severo, de aguilena nariz, de claros ojos azules, de frente alta y brufida y de blancos bigotes caídos, perdidos en la nieve de su corta y revuelta barba en punta. Así lo veíamos, el retrato que damos no es de ese tiempo; es anterior, y en los instantes de inmovilidad, su blancura de sexagenario y la reposada armonía lineal de sus planos faciales, exaltaban nuestra fe en su obra y, en una ficción de porvenir, nos parecía verlo soberbiamente inmortalizado en una definitiva modelación escultórica.

Estamos, casi, en ese porvenir soñado, y, ahora, quisiéramos volver á los momentos idos, transportarnos á las noches de silenciosas lecturas en que los versos del poeta corrían por nuestra sensibilidad como gotas de fuego sagrado y huír, sí, huír, el frío de ese corazón que hoy cada verso nos evoca y enseña en sus vehemencias purpuradas, pero que no ardió ni se consumió porque no vemos caer, á sus desesperados movimientos de rebeldía, ni un pliegue de la túnica de ceniza en que debió envolverlo la combustión de los sueños.

No queriendo marchitar la frescura del recuerdo ni traicionar nuestro concepto de hoy, seguiremos las ondulaciones del comentario crítico, así ellas se inclinan al pasado ó al presente, ya que no tenemos un camino preciso que seguir y estamos como perdidos ante una luminosa y sombría pluralidad de horizontes.

Esto, bien entendido, en cuanto concierne exclusivamente al poeta. La vida y el carácter de este gallardo soñador de victorias; la energía de su aspiración filosófica, que lo llevó hasta palpar la medrosa hermosura del misterio, nos merecen un culto en que todavía ardimos.

Sí. La vida de Eduardo de la Barra es algo temerariamente bello. No tuvo nunca una disonancia entre sus ideas y sus actos. Parecía haber descubierto el ritmo del orgullo. Todas las manifestaciones de su actividad de poeta y de luchador se desenvolvieron dentro de una línea firme, correcta y altiva. Así pudo tener la celeste alegría de oírse vivir, de escuchar el concertado desarrollo de su vida y de sentirla pasar, camino del futuro, como un soplo de melodías morales.

I

Eduardo de la Barra era un activo, no un contemplativo. Leyéndolo, nos detenemos admirados de la energía de su verso decidido, rápido y cortante, y no necesitamos más para tener la visión esquemática de su psicología de poeta. Aún en los momentos en que su voz tiene unción de confidencia dolorosa y nos habla del abismo que en él cavó una lágrima de cristalino rodar, su verso ágil y flexible nos delinea un movimiento de mal reprimida altivez.

Ninguna forma revela mejor, en menos espacio, el fondo de una naturaleza artística que el verso. Los poetas pueden darse enteramente en unas cuantas sílabas rítmicas. Algunos están visibles en las ideas, en lo que llamaríamos la sub-forma; otros en sus translaciones, en sus metáforas, en sus fugas hacia el símil, y otros se nos presentan con todos sus caracteres, en la frase misma, en las plasticidades de su expresión.

Eduardo de la Barra era de estos últimos. Como el poeta latino que tenía delicadezas y fulguraciones, debido á su sangre en que llevaba la gracia ateniense y el ardor africano, como Terencio,

tuvo de la Barra menos ensoñaciones íntimas, germinadas en pudoroso silencio, que gallardías cívicas, suscitadas por la idea magna de que nada humano le podía ser extraño. El intento de conquista de Méjico por los franceses; el movimiento emancipador de Cuba; la ley de Cementerios; el problema de los Andes y las cuestiones pedagógicas, le absorbieron sucesivamente muchos meses de labor. A la más leve provocación, su altivez lo hacía olvidarse del verso, de las fugacidades sentimentales y lo impulsaba á la lucha, poniéndole en los labios la ironía, aguda y mordaz. Los mejores años de la vida, de los treinta á los cincuenta, de 1866 á 1887, los pasó de la Barra atormentado por ásperas disquisiciones político-religiosas. El ambiente de la época infundió más en su combatividad de paladín que en su sensibilidad de poeta. Pero, á pesar de esos veinte años de acometedora acción satírica, su naturaleza de inspirado permaneció intacta. Como en su primer volumen, en los posteriores, publicados después de ese largo período de luchas, encontramos los mismos elementos creadores y el mismo verso, movido, nervioso y exclamatorio que, como hemos dicho, nos da la visión de su psicología de poeta.

No conocemos verso que mejor exteriorice con su movilidad el gesto correspondiente á la idea expresada. Es directo y tiene las inversiones necesarias, indispensables para hacer que resalte la idea principal; sus lentitudes ó rapidezces, sus desmayos ó crispamientos verbales son el preciso comentario mímico de la emoción. A un pensar enérgico, corresponde un verso rápido y vigoroso; á uno doliente y angustiado, un verso lento que puede apenas con el dolor que lleva, y á los finales irónicos, risueños ó malignos, uno leve y ágil, con fugacidades de risa ó velocidades de saeta. El nos da el movimiento fisiológico del poeta. A veces, la severidad de una línea dura, quebrada en ángulos firmes: el verso candente y fustigador; otras, el gesto suave de una línea que se diluye en la curva de una sonrisa triste: el verso que sugiere la amargura de un recuerdo doloroso; y otras veces todavía, nos dá sus erguimientos altivos, las rebeldías de su orgullo en el verso cortante y último. Pero el verso de de la Barra no se detiene aquí: llega á darnos indicaciones de color. En algunos, por su pensamiento intencionado y oblicuo, nos imaginamos un malicioso mirar de sus ojos azules; en otros, cortos, de frase terminal y que al romper un lazo de ilusión, insinúan una perfidia, las palabras tímidas y transparentes parecen tener la palidez que al decir las debió pasar por la faz del poeta; y en otros, por fin, en los que envuelven una alusión despectadora del rubor, esa alarma deliciosa de la sangre nos parece ver algo de su púrpura delicada y fugaz.

La fisonomía del poeta está en su verso. En él vemos la dulzura de sus ojos y la energía de sus rasgos y en él podemos admirar la misma bella dualidad del bardo que cantó heroísmos y amores entre los naranjales de la costa sorrentina y que, como de la Barra, tenía el perfil aquilino y la mirada de paloma.

II

¿Qué cualidades naturales ó adquiridas dieron á de la Barra esa soltura, esa admirable flexibilidad estilística?

Primeramente, su carácter brioso y espontáneo, que tendía á buscar la frase correspondiente á su vigor, y después, sus estudios, minuciosos y largos, de las cuestiones métricas. Con ellos adquirió una facilidad asombrosa para descomponer los elementos de un verso de cualquiera medida y de cualquiera época; sabía escandirlos con seguridad de maestro.

Sus estudios de métrica son los más completos y eruditos que se hayan hecho. Ellos le dieron el conocimiento de los organismos rítmicos que necesitaba para sus imitaciones y traducciones victoriosas. Eduardo de la Barra tradujo desde los versos ligeros y sonrientes de Horacio hasta los pensativos y augustos de Sully-Prudhomme, é imitó desde los trinos del bandolín decadente hasta las voces bronceadas del romancero del Cid. La delicadeza de su tacto intelectual le hizo detenerse predilectamente en los poetas que tenían alguna similitud con su sentir ó pensar. Esto, que es el secreto de las traducciones óptimas, no podía escapársele. Hallada la simpatía de sentir ó de pensar, puede realizarse la constanciabilidad del autor y del traductor. La ligereza, la gracia y el saber técnico de de la Barra, su amor al estudio de los versos en sí y su tendencia á los temas cortos, de carácter anecdótico, aromados de una filosofía que no es frívola á pesar de que no intenta ver la vida en sus aspectos generales, ni en sus orígenes, ni en sus fines, lo acercaban á Horacio. Este lírico fué también un técnico. Además de su tratado de arte poética, fué el primero en dar á la

risueña musa latina el yambo ignescente de Arquíloco, y tuvo también su filosofía indiferente, casi desdenosa de los enigmas de la vida, contentándose con gozar sus delicias y ritmarlas a los blandos sonos de su lira que trenzaba el susurro de las viñas de Tibur con el perfume de las rosas de Poestum.

Al pasar de los antiguos a los modernísimos, de la Barra se detuvo en Sully-Prudhomme, pero no tradujo los poemas en que una espiral de ensueños se pierde en las sombras augustas de la metafísica sino los versos en que el sutil poeta francés recuerda sus momentos de vanas ternuras y que ofrecen en sus fibras temblorosas una delicada y fresca emoción. Estas levedades armonizaban con el temperamento de Eduardo de la Barra y después de leídas, quedaban resonando en él, impregnándose de su esencia, alimentándose de su vida, pidiendo el vuelo, la libertad, y hasta que el poeta no les daba las alas de un verso castellano, tan ligero como el que tenían en el ritmo natal, las sentía vibrar en el fondo de su alma como el murmullo de una abeja aleteante en la ociedad de una flor. El poeta solía detenerlas años enteros, escuchando sus rumores adormecedores; pero un día las dejaba volar y entonces teníamos esas traducciones maravillosas en que sentimos enlazados los latidos de su sangre con las palpitaciones del poeta creador. Acostumbrado a estas victorias de transfusión artística, se comprenderá cuán fácil le fué imitar, para obtener el primer premio en un certamen literario, el año 1887, las rimas de Becquer. La tarea le resultó sencillísima porque, además de no ser de versificación ni de ideas abstrusas, los versos del poeta español como los de su maestro el alemán, son—lo ha observado Lotze—fáciles de imitar por su carencia de pensamiento. Los de Eduardo de la Barra tuvieron los mismos y conocidos caracteres de los imitados, en su fondo y en su forma, esto es, la exposición o afectación de un estado emocional tierno y profundo y luego, al final, una chispa de ironía que se ríe de la emoción primera o que sirve simplemente como derivativo de la sentimentalidad dolorosa.

En este trabajo le ayudaron la ductilidad y la amplitud de su espíritu poético. De la Barra no fué un reducido, sino un vasto, un hombre de muchos cielos, de muchas almas. A veces, cuando creemos verlo en toda su extensión, no tardamos en hallar un rompimiento de uno de sus cielos interiores por donde nuestra vista alcanza perspectivas de ignorada belleza. El rigorismo lógico que puso en sus polémicas para mostrar su ágil y flexible cuerpo de doctrina, no está en las líneas arquitecturales de su obra poética. Hay en ella una serie de tendencias disociadas. Nos atreveríamos a decir que en poesía, carece de la Barra de un carácter definido y armónico. El más ligero análisis de su fisiología moral nos demuestra su falta de una organización determinada. Su verso pasa de una negativa positivista a una esperanza búdica y de una vibración plena de salud, energía y verdad a un desmayo melancólico y enfermizo.

En toda idea, como en toda ala que nace, se desarrolla un infinito. La sentimos como una prolongación de nosotros mismos; en ella avanzamos hasta las regiones últimas; nos deslizamos por sobre los abismos como si fuéramos una brisa y, como la brisa, por cada paso hacia adelante ganamos cien de horizonte. Pero es preciso que la idea sea clara y definida. En de la Barra hay un permanente rebullir de ideas en germen que luchan por desarrollarse, por llegar a ser, pero que, a menudo, caen en su intento, arrastrando en su caída silenciosa todo el azul que nos prometía su aleteo... No hay en de la Barra ideas substanciales, que permanezcan visibles siempre, que sean como los grandes planos de su fisonomía poética. Es una personalidad de forma, no de fondo. Esto que podría parecer sutileza es una sencilla verdad. Ante un motivo cualquiera no podríamos decir que pensaría ni qué sentiría de la Barra, pero nos imaginaríamos, sin temor de equivocarnos, sus versos cortos, decididos y exclamatorios. Esa falta de personalidad se debe a que de la Barra no se dió nunca enteramente a sus ensueños. No nos mostró su esencia. Mantuvo siempre un vigoroso tutelaje racional sobre su imaginación. Esto, además de darle facilidad para entrar en otros temperamentos—los que tienen una personalidad muy definida no pueden salir de sí—impidió que sus energías fueran devoradas por el contacto permanente de los sueños. Como la belleza de las flores, la de los sueños atrae, seduce y envenena. ¡Cuántos

débiles y sensitivos no han sido víctimas de este envenenamiento moral que empieza por un sopor delicioso! No todos tienen el vigor suficiente o la suficiente frialdad, para verlos, sentirlos un instante, vivir un minuto vertiginoso entre sus effluvis y dejarlos, antes que la cantidad de sombra oculta en sus coloraciones llegue a enfriar el latido de las venas. De la Barra no fué una de estas víctimas sagradas. Estuvo a cierta distancia del peligro. Tomando y abandonando, en sus traducciones e imitaciones, la voz y la actitud de otros poetas, desdén darnos sus contornos y relieves propios, de mostrárenos uno y definido y se diluyó en las vaguedades de un inconsistente impersonalismo. ¿Fué su orgullosa esquizofrenia lo que le impidió darse a las bellas inutilidades de los sueños? En realidad, de la Barra, entre los grandes poetas chilenos, es el que

menos ha soñado. Sus temas predilectos son el suceso exquisito, las incidencias triunfales o dolientes de la vida erótica y el parpadeo luminoso de los anhelos por lo inmediato y real. Las bellas mentiras de la idealidad que, adoptadas por el corazón se convierten en verdades imperiosas, no turbaron su vida. Amplia y firme, estuvo por sobre la influencia de las fugaces primaveras del sentimiento.

Estando así, frente a las ideas y a las cosas, le fué sencillísimo no caer en exageración, mantenerse en un equilibrio muy apreciable como cualidad mental, pero pernicioso para el poeta, para el artista de aspiraciones vehementes, porque el equilibrio es el comienzo de la inmovilidad y la inmovilidad es el comienzo del frío. Desde su punto de vista, de la Barra pudo ver las contornos y las coloraciones precisas de todas las formas, sentir la alegría de las bellas, el dolor de las feas y la ironía de las grotescas. El poeta no se daba a ninguna enteramente; las miraba, pero sus arranques líricos nunca fueron suficientemente poderosos para hacerlo abandonar su actitud unifrontal ante las solicitudes de las bellas. ¿El objeto imperial y el alma esclava? No. Dentro de la pluralidad de conciencia, que es nuestro estado psicológico normal, de la Barra estaba siempre sintiéndose él, juzgándose permanentemente, recogido su espíritu en una especie de imperturbable autocriticismo. Así como para sentir en toda su intensidad el aroma de una flor, cerramos los ojos y aislados de todo, hasta de nosotros mismos, nos encontramos únicamente en el aroma que, impregnándonos, nos hace vivir como una prolongación de su esencia, para sentir una idea, para entregarse a ella y convertirse, olvidándonos de nosotros, en algo de ella misma, es necesario también cerrar los ojos mentales a todo lo que no sea ese punto luminoso y único. A de la Barra no lo absorbió nada, en su obra poética, hasta hacerlo caer en esa inconsciencia adormecedora. Mantuvo siempre un severo dominio sobre sus facultades aladas. Esto le permitió ver el extremo de las cosas, los matices terminales de las ideas y de los sueños, los límites en que ellos se desvanecen y se pierden en otras ideas y otros sueños y así pudo apreciar los contrastes inesperados que son los suscitadores de la risa. Pero la risa no fué sentida por de la Barra en sus aspectos de burla, sino en sus delicados caracteres de ironía culta, de risa estética. No la rebajó hasta lo grotesco ni la elevó tampoco hasta un principio, hasta hacerla como en el pensar de Solger un ideal desde donde debemos mirar las miserias de la vida.

Después de un momento de tristeza, modulado en versos lánguidos, la reacción anímica viene y si el poeta, mientras murmuraba su dolor, ha visto—ya dijimos que de la Barra no cerraba los ojos—algún rasgo que turbe la idealidad del momento con cualquiera realidad cómica, no resiste a la tentación de libertar, en un verso irónico o satírico, las fuerzas nerviosas suscitadas por la visión de los contrastes alegres. Así nos explicamos sus numerosas composiciones líricas en que, después de sugerirnos con acento de amarga tristeza una faz contraída por la angustia, nos la muestra, por medio de un verso final intencionado y picaresco, alegre, fundidos sus rasgos en la locura lineal de un gesto risueño.

III

Eduardo de la Barra mantuvo sus modalidades literarias hasta sus últimos años, sin ninguna variación. Los dos caracteres esenciales de su obra, el orgullo y la ironía, están en todas las etapas



Don Eduardo de la Barra

de su vida. Recordamos que siempre que nos leía algunos versos fugitivos y blandos, no tardaba en leernos también alguna sátira de elevada trayectoria.

En nuestra última visita—una tarde de estío—lo hallamos poniendo en limpio una composición satírica. A nuestra llegada, dejó su asiento, avanzó desvaneciéndose con una sonrisa la gravedad de su rostro y después de un saludo cariñoso y franco, alentó nuestras confidencias de principiantes haciéndonos las suyas de maestro. Había terminado, y estaba contento de ella, su postrimera sátira política. Eran versos á modo de los serventesios medievales, de las mordaces invectivas líricas de Beltrán del Bonn. En ella, mostrando la decadencia casi romana del país, se lamentaba de que éstos no tuvieran como Roma algunos gansos que lo salvaran. Su voz era nerviosa y vibrante. Se apoyaba con insistencia en la palabra más significativa y luego de una decena de estrofas valientes y amargas, terminó en su forma preferida, en una exclamación. Levantando la mano que había dejado las cuartillas sobre la mesa, el poeta dijo:

—¡Ni gansos que te salven!

Quisimos leer la composición, repetírnosla; pero el maestro nos hablaba ya de otro tema y antes de comentarlo, su viveza nos mostraba un modelo, recortado en papel blanco y grueso, de la parte entonces en litigio de la cordillera de los Andes. Los picachos de papel indicaban la altura de las cumbres, sus conexiones y el sitio por donde debería pasar la línea divisoria. La explicación del problema andino—al que había dedicado un magnífico estudio—no fué larga. El poeta se indignaba de la pusilanimidad de la defensa chilena. Quería que las comisiones técnicas defendieran nuestra causa con energía ya que estábamos amparados por el derecho y vigorizados por nuestras glorias... Al segundo intento de atraerlo á las cuestiones exclusivamente literarias accedió, hablándonos de los trabajos que lo habían ocupado durante su estancia en la República Argentina. Había traducido á varios poetas modernos. Estos no iban por el camino recto. Más que el término de la peregrinación artística, parecían interesarles las florecillas de la senda. Además, ¡los temas! De algunas composiciones de hoy, nos decía, se puede extraer de todo menos poesía. De "Los Cuervos", de Richepin, se obtendría mucha materia grasa, pero no una gota de belleza poética. No conocíamos el tema, y el maestro nos describió, medio en prosa, medio en verso, la lóbrega marina richepinesca. En pos de la tempestad, que ha revuelto las aguas, viene una banda de cuervos marinos y en larga y lenta espiral descendiendo sobre la playa espumante, donde las olas han esparcido algunos cadáveres de naufragos. Bajan los cuervos y, saciada el hambre en las carnes pálidas, levantan el vuelo en fatídica banda y se alejan hasta desvanecerse en el horizonte gris.

En ese momento marino, sorprendido en toda su belleza lóbrega por el rudo poeta francés, de la Barra no veía ó no quería ver sino la ausencia de lo bello poético ungido por el clasicismo. A pesar de que conocía á fondo las literaturas extranjeras, de que no ignoraba ninguna de las teorías artísticas circulantes, no admitía el tema de los versos de Richepin. El venerado maestro se desculpaba á veces en sus juicios. No observó que en esa marina pálida y medrosa, la vida de la naturaleza aparecía en un aspecto diverso del aspecto en que generalmente la considera el común sentir poético.

La naturaleza es más dramática que lírica. Lírica se nos presenta en las manifestaciones de algunos de sus seres, en el lamento de los que se sienten devorados por una esperanza única, en el canto de los que en cada primavera trinan hasta soltar el último pétalo de su florecimiento sonoro; lírica en todo lo que corresponde á su misterioso avanzar, á esa eterna aspiración que la hace desprenderse de las hojas de las selvas y de la luz de las estrellas; pero en el fondo, en sus elementos primordiales, es dramática, esencialmente dramática, vive de las acciones y reacciones de las fuerzas creadoras, de los estupendos conflictos de las fuerzas contrarias. La clarividencia de los poetas teogónicos indios y griegos nos ha dejado una serie de visiones en que vemos debatirse, personificadas, esas fuerzas inmanentes y esplendorosas de misterio. Esa lucha, en lo que tiene de ansiedad devoradora, de permanente combatividad es, pues, lo que constituye la parte dramática de la naturaleza, la que algunos poetas modernos han tomado en los instantes en que se manifiesta vestida de color, para hacernos sentir su vida oscura, que parece encenderse en el graznido de los cuervos y en el grito de las águilas. Los poetas aunan estas caracterizaciones desdeñosas de los aspectos consagrados de la naturaleza. Hay alegría en verlo todo compenetrado, fundido en la unidad espléndida en que la pupila puede ver en el mármol el cándido lirio de las piedras y en la paloma una blanca inflorescencia animal. De la Barra nos habló también de haber traducido el célebre soneto de Heredia, "Antonio y Cleopatra". No sabemos si alcanzó á publicarlo.

Desde la terraza del palacio, Antonio y Cleopatra miran el Egipto, el río, el desierto, y Antonio, sintiendo desfallecer en sus brazos á Cleopatra, se inclina sobre ella y en sus ojos claros, constelados de puntos de oro, vió

toute une mer immense où fuyaient des galères

En este verso hay una de esas maravillosas alusiones en que sólo se detiene el lector atento y culto; ese verso sugiere el presentimiento de la batalla de Accio, la visión de la victoria naval que Octavio alcanzó, sin darse cuenta, sobre Marco Antonio. De la Barra, dándole más movimiento, la celeridad propia de una huida, lo tradujo así:

una fuga insensata de galeras!

Recordamos su gesto al repetir el verso y luego su largo silencio mientras sus ojos—y los nuestros—seguían el desarrollo de la visión. Era un cuadro heróico. Al fondo, los promontorios del Epiro, el golfo de Abraccia y sobre las aguas del mar Jónico, doradas y la tarde moribunda, la huida de las sesenta galeras egipcias, hinchadas las grandes velas por el vasto soplo del viento vespertino. Y como una extensión del recuerdo histórico, la figura de Marco Antonio que abandonaba el combate y, prefiriendo el amor á la gloria, seguía ocultamente á la maga del placer, á la que en un capricho orgiástico diluyera perlas en su vino de púrpura y las bebiera sonriente y hermosa en una de sus locas noches de Alejandría.

IV

En sus últimos días el maestro se dió á pulir sus traducciones de Horacio y á sujetar en vívidos micro-poemas el calor de un recuerdo que se iba, el silbido de un sátira revoladora ó el temblor de sus dudas transcendentales que sentía abrirse como pupilas ante la magnitud de insospechados horizontes. En esta labor el poeta usó casi todas las combinaciones métricas que había estudiado en sus trabajos sobre versificación castellana. Su espíritu se avenía con los nuevos moldes sencillos y pequeños. Había permanecido invariable. La pasividad que los años dan no detuvo la decisión de su gesto. Aún en los versos de capricho, en los que sólo hay gallardías de viejo rimador, encontramos sus altiveces, sus frases de orgullo, dichas directamente, con una continuidad ilativa casi violenta, que los arrebató en un vórtice donde el ritmo á veces se extravió y naufragó. En estas composiciones, decíamos, empleó de la Barra combinaciones métricas nuevas, casi modernistas, pero no cayó en el culto del vocablo por el vocablo mismo con prescindencia de su significado estricto. Sabía mejor que nadie que el mérito del verso está en la idea, no en sus fantasías formales, ni en sus caprichos armónicos, ni en sus intentos de valorización colorista. Recordamos que, sin desconocer la relativa unidad de los procedimientos artísticos, se reía de las compenetraciones exageradas y comparaba á los que persiguen ese triunfo estético con los que, invirtiendo los sentidos, saben del color de un aroma y de el olor de una estrella. Sin llegar, pues, al modernismo, hizo más por la vida del verso, por la agilidad, ligereza y multiformidad de los organismos rítmicos que muchos de los neo-arcaicos, de los exhumadores de versos más ó menos olvidados. La obra de de la Barra fué de creación no de resurrección.

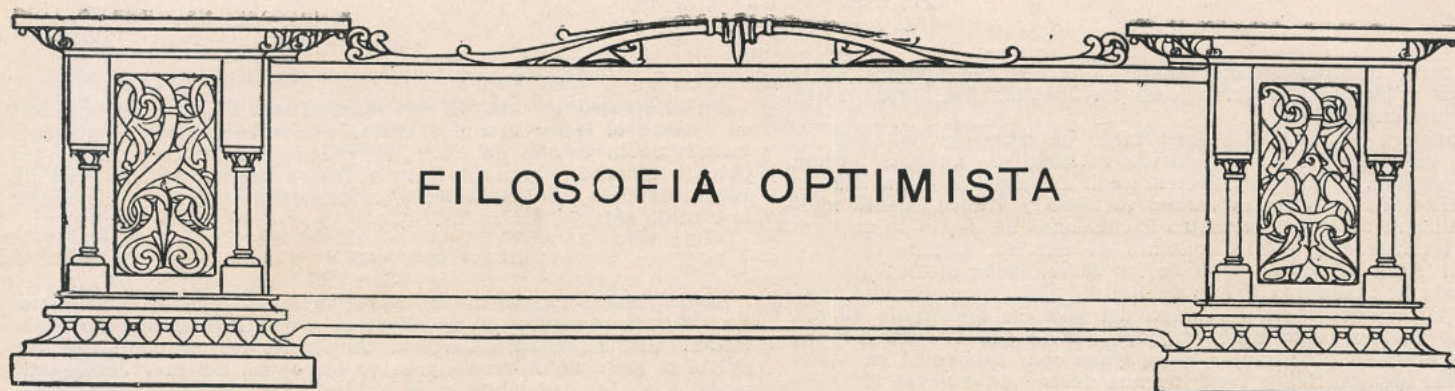
En esos micro-poemas, escritos en momentos de absoluta naturalidad artística, el poeta pudo ver los últimos latidos de su vida detenerse en su desvanecimiento doloroso. El arte lo había inmovilizado, los había mineralizado para que los pudiera ver y admirar en toda la virginidad de su chispeante colorido. El instante se había hecho eternidad.

Esas obras mínimas y poliédricas, bruñidas ó oxidadas tienen la pinta de una idea, el matiz de una emoción ó la venita azul de un ensueño. Son como esos multiformes fragmentos minerales en que la luz ritma una leve orgía de color. Este hizo tal vez que el poeta las publicara con el nombre genérico de "Chaquiras", recordando las cuentas sonoras, las vistosas piedrecillas que para adornar su belleza usan, á modo de perlas bárbaras, las mujeres de la Araucanía.

Pero no todas son admirables. Si en unas encontramos la firmeza damasquinada de su carácter, la pulida solidez de su orgullo ó el temblor luminoso de una lágrima, límpida como una gota de su vida; si otras nos hacen admirar en algo así como un halo espiritual sus aspiraciones de estoico ó su concepto del amor que, según él, ampliado en justa proporción al desarrollo de la conciencia—conocer es amar—debería ser la única finalidad humana, en muchas ¡ay! el poeta no asoma, lo sentimos lejos; vemos que esas estrofas han sido cinceladas en la supervivencia de sus facultades de artifice, en la ausencia de sus capacidades de artista. En la frialdad y ¿por qué no decirlo? en la futilidad de algunas de ellas—conocemos varias que no alcanzó á publicar—comprendemos que no están animadas por el ritmo sino por la resonancia muriente de una vida. Son como una inocente victoria de labor auto-póstuma, de cuando el poeta ya no era, de los momentos últimos en que, puesto ya en sus horizontes inferiores el astro de la inspiración, sólo quedaba en ellos una descolorida claridad rememoradora, como la de un crepúsculo que se recoge lentamente.

MIGUEL LUIS ROCUANT





FILOSOFIA OPTIMISTA

El sabio ruso Elías Metchnikoff, muy conocido como profesor del Instituto Pasteur, de París, y por sus importantes descubrimientos biológicos—es el creador de la teoría de la **Jagocitosis**, y hace dos ó tres días el telégrafo nos anuncia que acaba de descubrir el microbio de la gastroenteritis—es también un pensador de amplias generalizaciones filosóficas, como se manifiesta en su obra "Estudios sobre la naturaleza humana. Ensayo de filosofía optimista" (1), una de las más interesantes y originales aparecidas en los últimos años.

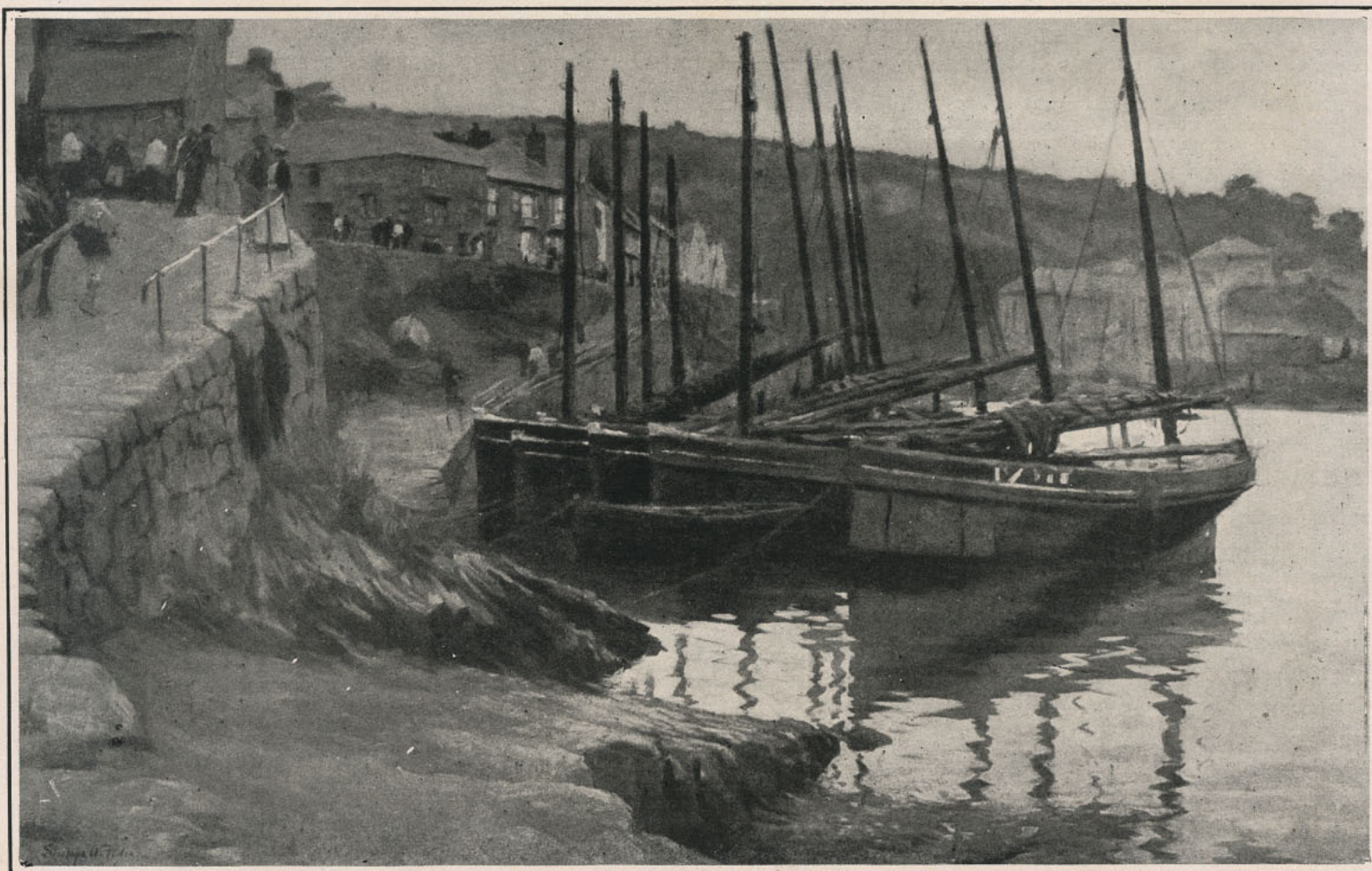
En esta época, á mi juicio de transición en que se encuentra la humanidad, debilitados los antiguos ideales religiosos, la miseria de la condición humana ha producido un malestar general, sin que para ello sean obstáculo las mejores condiciones materiales de la vida. Ello se debe, nos dice Metchnikoff, á que el hombre, por la circunstancia que hemos hecho notar, se encuentra desorientado sobre la línea de conducta que debe seguir, sobre sus relaciones con las diversas categorías de individuos: familia, pueblo, humanidad. Así, parecen poco estables los fundamentos de la vida social y, aún, de poca solidez las bases de la existencia individual. ¿Por qué, en vez de la felicidad á que tanto se aspira, termina nuestra vida en la muerte, cuya aproximación nos es tan terrible?

Se ha criticado mucho en los últimos tiempos á la ciencia por haber destruido las bases religiosas de la existencia, quitado á la humanidad el consuelo que le proporcionaba la religión, sin reemplazarla con algo más exacto que llenara la necesidad que siente de encontrar una explicación del por qué de la vida: ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Qué debemos hacer?

(1) Se publicó en francés la primera edición en 1903 y la tercera en 1905.

A consecuencia de esto han florecido en el siglo pasado tantos sistemas filosóficos impregnados de misticismo ó de pesimismo. Para remediar ese estado de cosas, se ha tratado de revivificar la fe religiosa, pero, desde mucho tiempo atrás, algunos han buscado cosa diversa de la fe para regular la conducta de los hombres. Metchnikoff, en la obra que damos á conocer, nos presenta una tentativa de esta misma naturaleza; como él lo dice en el preprologo de la segunda edición, únicamente un sistema lógico basado sobre hipótesis, que son la síntesis de su vida entera consagrada á la ciencia.

En la antigüedad, entre los griegos especialmente, se tenía en gran estima á la naturaleza humana; la mejor prueba está en que dieron á sus dioses la forma de los mejores ejemplares de la especie humana. La filosofía griega formulaba el principio de que la vida tenía por objeto el desarrollo armónico del hombre completo. Los filósofos romanos adoptaron el principio de la vida recta en conformidad á la naturaleza, guía racional de la conducta, fuera de toda idea religiosa. Esta teoría helénica de la vida conforme á la naturaleza del hombre, encontró su mejor aplicación en las ideas racionalistas de la época del renacimiento. Hutcheson, filósofo escocés del siglo XVIII, insistía sobre la idea de que todas nuestras inclinaciones naturales son legítimas y que su satisfacción constituye nuestra virtud más elevada. Encontramos la misma tendencia en los filósofos franceses, en Guillermo de Humboldt, en el historiador moderno Lecky. También en los naturalistas, Darwin, Spencer, Georges Seidlitz, quien sostenía que la vida moral y racional consiste "en el cumplimiento de todas las funciones del cuerpo en grado satisfactorio y proporcionado". Pero, al mismo tiempo muchas doctrinas religiosas profesaban opuesta opinión sobre la materia. Admitían en la naturaleza humana dos elementos hostiles: el alma y el cuerpo.



"AL ANCLA", por Stanhope.



EL TE EN LA TERRAZA.—J. M. AVY.

...mera era la única digna de atención, mientras que el cuerpo constituía una fuente inagotable de toda clase de males. Por esto le flagelaba. Budha nos dice (2) "...desde la planta de los pies hasta arriba, hasta el límite del cerebro, vió (reflexionando sobre su cuerpo) que había nacido de lo impuro, procedía de lo impuro, dejando correr siempre lo que es impuro". Estas reflexiones lo conducen á la siguiente conclusión: "qué sabio habrá que, después de haberlo visto, no considere su propio cuerpo como un enemigo". En Séneca, el filósofo romano, vemos ideas muy semejantes á éstas.

La concepción cristiana del dualismo de la naturaleza del hombre, fué aún más exagerada, y tuvo por corolario el desprecio del cuerpo; de aquí provino el ascetismo que floreció en los siglos IV y V. Los heremitas se refugiaban en los establos de los animales, vagaban desnudos, cubiertos de largos pelos é incultos. La limpieza del cuerpo se consideraba señal de la corrupción del alma, y eran preferidos los santos que no tenían cuidado alguno con su cuerpo. Cuenta Atanasio, lleno de gozo, que San Antonio, el padre de los monjes, cuando llegó á viejo, no se lavaba nunca los pies (3). Semejantes doctrinas anulaban los instintos familiar y social. Un santo fué venerado especialmente porque se condujo cruel con sus parientes. La mala opinión de la iglesia católica sobre la naturaleza humana se conserva hasta hoy, como puede verse en la encíclica "De Secta Massonum", de León XIII, (París, 1884, pág. 9).

Y en los pueblos primitivos se observa que, sin preocupación alguna religiosa, no se inclinan ante la naturaleza como lo hacían los helenos; por el contrario, modifican á su gusto los cabellos, los dientes, los labios, se someten á una multitud de tratamientos para hacerlos lo más desemejante posible á su estado natural.

La cuestión de la naturaleza humana ha interesado, pues, en todo tiempo y ha desempeñado gran papel para la comprensión del bien y de lo bello. Es conveniente, entonces, someter este problema á un estudio racional, dice Metchnikoff, guiado por métodos científicos rigurosos para hacernos una idea precisa de ella, de sus perfecciones é imperfecciones. Echando una rápida ojeada sobre los seres orgánicos, nos dice que el mundo estaba poblado de gran cantidad de vegetales y animales mucho antes de la aparición del hombre; muchas especies se han conservado hasta nuestros días, porque su organismo estaba perfectamente adaptado á las condiciones exteriores de su existencia; pero no faltan ejemplares de otras que han desaparecido. Así, durante la época terciaria, los bosques vírgenes de Europa estaban poblados de innumerables monos, cuyos restos fósiles se encuentran hoy en Grecia y en Francia. Si las primeras especies á que nos referimos pudieran reflexionar, serían optimistas; para ellas el mundo es perfecto y no hay más que obedecer á los instintos naturales para alcanzar la felicidad completa. Por el contrario, las segundas, compuestas de seres desarmonicos, serían pesimistas. ¡Cómo! existe una sansanita (pequeño insecto volátil) que, empujado por el hambre y su gusto por la miel, va á buscarla á las flores y no la puede obtener, y otros insectos cuyo instinto los lleva hacia el fuego donde se queman las alas, lo que los imposibilita para vivir! En verdad, que éstos podrían pensar que el mundo está pesimamente organizado y que más valdría que no existiera.

Y el hombre, ¿en cuál de estas dos categorías de seres debemos colocarlo? entre los seres cuya naturaleza está en armonía con

(2) El "Lalita Vistara", trad. por Foucaux. 1884.

(3) Lecky, History of European Morals, 3.a ed., Cap. IV.



UN VIRTUOSO.—Dibujo de León Guipon.



BUENA PIPA.—Dibujo de P. Renouard.

las condiciones en que debe vivir, ó es un organismo desarmonico?

Para contestar, el autor cree necesario darse cuenta del origen del hombre. Por mucho tiempo se ha creído encontrar la solución de este problema en los dogmas religiosos, que sostenían que él proviene de una creación particular. Pero, la crítica científica ha demostrado fácilmente la imposibilidad de semejante suposición. Desde los trabajos de Darwin y de Huxley, especialmente (4), con el estudio comparado de hueso con hueso y de músculo con músculo de la estructura anatómica del hombre y de los grandes monos, superiores ó antropófagos, se ha comprobado una analogía verdaderamente notable hasta en los detalles, y las diferencias entre uno y otros mucho menos pronunciadas que entre aquellos monos y los monos inferiores. Ya antes el gran Linneo y otros naturalistas distinguidos tuvieron la idea de acerca la especie humana á los monos antropomorfos.

Verdaderamente notable es la semejanza del tubo digestivo del hombre con el de esos animales. El ciego humano, como es sabido, está provisto de ese apéndice vermiforme tan notable y tan extraño del cual se habla á menudo á propósito de una enfermedad grave y muy frecuente: la apendicitis. Pues bien, este órgano es absolutamente semejante al apéndice de los monos antropomorfos, y, cosa singular, los monos inferiores ó no lo tienen ó es muy desemejante con el del hombre. Por esto, para Metchnikoff el apéndice es el documento genealógico del origen simiano del rey de la creación. Conociendo esta particularidad, agregamos nosotros, más felices podrán sentirse aquellos á quienes el cirujano se los ha extirpado.

(4) "El lugar del hombre en la naturaleza". Traducción del inglés al francés. 1891.

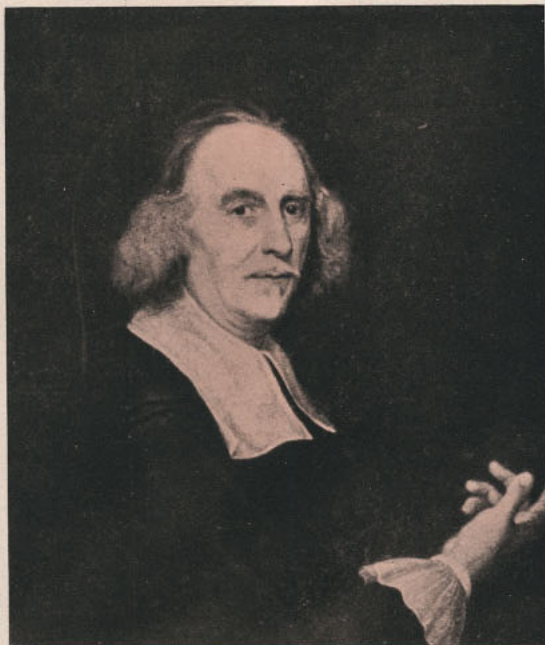
(Concluirá)

El Caballero Bernini

“OS diré, pues, que el caballero Bernini es persona de estatura mediotre pero bien proporcionada, más flaco que gordo, fogoso de temperamento. Su rostro recuerda el del águila, particularmente por los ojos. Tiene las pestañas largas, espaciosa la frente, un poco hundida hacia el medio y suavemente levantada hacia los ojos... Tiene sesenta y cinco años. Es, á pesar de todo, vigoroso para sus años, y anda á pie con firmeza, como si tuviera treinta ó cuarenta.

Puede decirse que su espíritu es de los más bellos que la naturaleza haya formado nunca, porque, sin haber estudiado, posee todas las ventajas que las ciencias procuran á los hombres. Por otra parte, posee buena memoria, inspiración viva y rápida y el juicio neto y sólido. Es un agradable charlador. Posee el talento peculiar de expresar las cosas por medio de la palabra, del rostro y de la acción, y de mostrarlas tan bien como los grandes pintores por medio de sus pinceles”. Este retrato del caballero, al día siguiente de su llegada á Francia, tiene como autor á Pablo Freart, Señor de Chantelon, especialmente dedicado por Luís XIV á la persona del maestro italiano, y que nos ha dejado sobre tan memorable viaje un *diario* que se cuenta entre los documentos más curiosos para la historia del arte y las costumbres de los artistas en el siglo XVII. Es necesario completarlos con las *Memoorias* de Carlos Perrault. “Tenía, dice Perrault, estatura un poco inferior á la corriente, buen aspecto, aire audaz, y su reputación le procuraba un grande aplomo. Buen charlador, sazonaba sus conversaciones con sentencias, reflexiones y chistes”.

Bernini era solemnemente recibido por el rey de Francia el 2 de Junio de 1665. Tenía entonces cerca de sesenta y siete años. Su fama era



BACCICCIA.—Retrato de Juan Lorenzo Bernini
Palacio Corsini (Roma)

tan considerable como la fama de que gozaba ante los papas. La “columnata” concluida en 1663 había llevado su reputación á la cúspide. Con habilidad poderosa había sabido disponer las masas de arquitectura y distribuir ampliamente el espacio, redondeando delante de la Iglesia de San Pedro la hermosa columnata cargada de estatuas que constituye el preámbulo magnífico de la Basilica.

A propósito de Bernini, así como de casi todos los grandes artistas, uno podría preguntarse en qué medida son efecto y son causa. Parece como que dieran en mostrarse, en ciertos recodos de la historia, como heraldos encargados de gritar al mundo que los escucha más bien los pensamientos de sus contemporáneos que los suyos propios. ¿Era Bernini ó el espíritu de la época quien sacudía los vientos de tempestad entre el pueblo de estatuas, haciéndolas oscilar como banderas ó bandas desrolladas? Uno llega á vacilar, de tal manera es el “Caballero” expresión

directa de su medio y de su época. Todo cuanto se había elaborado en la segunda mitad del siglo XVI, en los talleres de los sucesores de Miguel Angel, con amalgama, además de elementos flamencos; todo cuanto las formas modernas de piedad y de sentimentalismo católico, por una parte, y de espíritu académico y libertario por la otra, habían reunido, en materia de matices nuevos, unido á la expresión de un misticismo sincero, parecía reclamar la entrada en escena de Bernini.

Florentino, ó á lo menos toscano por su padre, Pietro di Lorenzo Bernini, escultor y pintor estimado, era napolitano por su madre y romano por su nacimiento. Era una lira de cuatro cuerdas, que son Roma, Nápoles, Florencia y Milán.

Su precocidad extraordinaria ha sido exagerada todavía por los biógrafos. Fué, sin embargo, un niño



BERNINI.—APOLO Y DAFNE.—Museo de la Villa Borghèse (Roma)

de genio. Sus obras de juventud son obras maestras, como el **Apolo y Dafne**, que reproducimos ahora en **Selecta**; el grupo de **Eneas y de Anquises**; el **Monumento de Alejandro VII**; **David lanzando la piedra con su honda**; el **Rapto de Proserpina**. Inició esta obra á los catorce años, pero la terminó á los veinticuatro.

Queda, en este grupo, algo no diré de la timidez pero sí de la reserva que Bernini en su juventud había puesto en su **Eneas** y en su **Anquises**. No se encuentra todavía en el período del lirismo desenfrenado y de las grandes gesticulaciones declamatorias. Pero ya quería dar al mármol la morbidez de las carnaciones blandas y sueltas, el estremecimiento de la epidermis y la tibieza de la vida. Se revela como el jefe indiscutible de los maestros que habían de venir detrás de él.

No creemos que jamás haya hecho cosa alguna igual á ese mármol de **Eneas y de Anquises**, y cuando se ha recibido la influencia de su encanto, no es solamente la asombrosa virtuosidad del artista lo que viene á sorprendernos, sino también su genio, creador de "un estremecimiento nuevo, del cual nos sentimos penetrados para siempre". Bernini, al contemplar en su vejez la obra maestra de su juventud, no pudo menos de exclamar: "¡Oh! quanto poco profitto ho io fatto nell'Arte, mentre jiovane maneggiaro il marmo in questo modo".

Cuando el cardenal Maffeo Barberini fué elevado á la Sede Pontifical á la muerte de Gregorio XV, dijo á su amigo Bernini: "Una gran fortuna é la vostra di veder Papa Maffeo

Barberini; má assai piú é la nostra que il Cavalier Bernini viva nel nostro pontificato". Desde ese instante hasta su muerte, bajo Urbano VIII, el favor de Bernini jamás disminuyó. Por orden de los papas hizo en la Ciudad Eterna los adornos de mármol del Palacio, las Basílicas, las Capillas y esos monumentos cuya elocuencia se eleva en lirismo creciente y siempre intensificado hasta el punto en que las reacciones se hacen necesarias.

El sabio La Teulière, director de la Academia Francesa en Roma, escribía á Louvois en 1693: "Es increíble la escasez de pintores que reina ahora en Italia, particularmente su dibujo es deficiente... la mayor parte de sus obras son como los relumbrones de los trajes de los cómicos. Vemos que después de la muerte de Rafael y de Miguel Angel, tres hombres, Bernini,

Pietro di Contona y Bonoming, han arruinado las Bellas Artes enteramente". Era el viejo espíritu francés, razonado y ponderado el que hablaba por su boca. Pero el contagio debía pasar de Bernini á nuestra escuela. Había muerto hacía tiempo cuando se construyó la Capilla del Castillo de Versalles. El mismo viento salido de sus talleres es el que sopla las vestiduras de las estatuas que la coronan, de la **Diana**, sobre la cual los textos permanecen mudos y que vemos venir del Palacio Orsini al castillo del barón Stumann. El papa Urbano, haciendo querido hacer transportar á la basílica vaticana los restos de la condesa Matilde, fué encarga-

do Bernini de construir el monumento que debía encerrarlos. Pero aquí su intervención fué menos completa de lo que se creía. Si imaginó y compuso el monumento que ideaba sólo en parte, Stefano Esperanza hizo el bajo relieve que representa la absolución dada por el papa Gregorio VII al emperador Enrique IV.

Doce años más tarde concluía el mausoleo que Urbano VII le había encomendado en vida. El 9 de Febrero de 1647, escribían al duque de Modena: "E fornito il monumento de Urbano. Il Cavalier Bernini a superato a medesimo". Por cierto, para celebrar dignamente al Pontífice, su protector, el artista daba cuanto podía de su genio, sobre todo en las dos estatuas de **Justicia y Caridad**, en las cuales se revela su segundo estilo. La estatua del Papa bendiciendo es un bronce admirable, y puede figurar en ella el esqueleto que se encuentra al pie, en el coromacabro de esqueletos que se multiplican sobre las tumbas en los si-



BERNINI.—SANTA TERESA.—Iglesia de Santa María de la Victoria (Roma)

glos XVII y XVIII. Fué en 1646 cuando ejecutó para la iglesia de Santa María de la Victoria su **Extasis de Santa Teresa**. En el orden sentimental y religioso es para su segundo estilo un trozo tan característico como su **Apolo y Dafne** en el primero.

Estilo de plegados, expresión del éxtasis y contemplación religiosa que terminan en un espasmo y, como el abandono de todo el sér, en la posesión de Dios. Todo es aquí de revelador significado, y la impresión se agrava con la presencia de un ángel que con mirada complaciente observa el anonadamiento de la Santa.

La Madonna della Grazia, del Museo de Cartajis, es de la misma época.

El duque de Modena consiguió un retrato. Carecemos de lugar y de tiempo para dar la curiosísima correspondencia cambiada



BERNINI.— BUSTO EN MARMOL DE FRANCISCO 1.º DE ESTE
Galería Real de Este (Módena)



Monumento del Papa Alejandro VII (Fragmento). Basílica de San Pedro (Roma).



Monumento del Papa Alejandro VII (Fragmento). Basílica de San Pedro (Roma).

con este motivo entre el artista y el duque. Se ve que cuando el artista ejecutó más tarde el busto de Luis XIV, recordó el de Este. El porte de la cabeza es uno mismo, igual el de los trajes. Le agradaba decir que nadie, antes de él, había dado la semejanza del gran Rey. Esto le concitó la enemistad de los artistas. Hasta el monumento de Francisco I le había parecido malo. Le comparaba con el de Colbert.

Sigámosle á Roma, en donde trabajos importantes le aguardaban. En cuanto al monumento de Alejandro III, Bernini tomó, amplificándolo, el tema de mausoleo de Urbano VIII. Mas, en este caso, recurrió á colaboradores. La Caridad es de Giuseppe Mazzoli y el San Sebastián de Antonio Giorgetti, que seguía los dibujos de Bernini.

Bernini, aún cuando artista de la decadencia, ha encarnado en

sus mármoles el último soplo de una época grande. Desencadenó el "espíritu del tiempo" en ese pueblo de estatuas debido á la inspiración de su espíritu y á la virtuosidad de sus cinceles. A los gestos enfáticos de los dioses mitológicos unía la postura sobria de los héroes cristianos. Era como un soplo de Miguel Angel, unido al amor del detalle de los artífices flamencos. Las formas varias de la sensualidad flamenca se unían á la expansión del estilo jesuita, en la forma de estilo barroco, en la cual se notaba la expansión del estilo jesuita.

A pesar de todo, en él se unen la piedad con la sinceridad de un grande artista.

La dulzura graciosa de las actitudes de sus figuras de mujer tienen siempre una casta y santa piedad, una adivinación de misterios de insondable poesía.





...La hora era particularmente deliciosa en aquel lugar privilegiado...

LAS JOVENES EN EL JARDIN

(Narración inédita arreglada para SELECTA)

Por RENE BOYLESVE



MARTA, Lucila y María escalaron el sendero, de áspera pendiente, que se desprendía del camino para penetrar de soslayo en la villa Mazarini. Tan feliz como alegre, dada á locuras, María soltó de repente el brazo de sus amigas y volvió sobre sus pasos, para ver cómo su nombre y su novio salían de un apuro en el sendero. Del brazo de Roberto, quién no hubiera transpasado abismos. Pero la señora de Salenque se dejaba casi arrastrar por su futuro yerno, gruñendo un poco en contra de las fantasías incorregibles de su hija, más feliz, en el fondo, al pensar que su querida niña sería pronto la mujer de un muchacho tan sano, tan hermoso y tan robusto, tan bueno también, porque parecía, á la verdad, que lo tuviera todo en favor suyo el tal Roberto. María, de lo alto del sendero, le contemplaba con admiración, y cuando le dió las gracias por haber arrastrado tan gentilmente á su pobre mamá que casi no respiraba, había en su sonrisa y en su tono una felicidad sana, un desborde natural y sin reticencias.

Hallábanla generalmente más bonita cuando estaba cerca de su bello atleta, porque parecía comunicarle su bello equi-

librio y su fuerza tranquila, su "serenidad", agregaban con malicia sus dos amigas, Marta y Lucila, que acaso se sentían celosas... Porque el bello Roberto no era un tonto, sino sencillamente, un hombre de sport que no iría, por cierto, como los jóvenes, á extasiarse en la avenida de cipreses de la villa Mazarini, y en la cúpula de Colonia, los Bó-boli ó la villa de Este; nó, Roberto, de una sola ojeada había medido el largo de la avenida, su grado de inclinación y deploraba que, hallándose tan bien plantada, no sirviese, á causa de su pendiente excesiva, para el tráfico de automóviles.

—Apuesto á que subo por aquí con una máquina de cincuenta y dos caballos, dijo, siempre que me corten una hilera de árboles á la izquierda!...

A la sola idea de ver derribar semejantes árboles, las niñas y la señora de Salenque arrojaron un grito de horror.

Roberto las había chocado sin quererlo.

Halláronse al pie de los jardines que se escalonaban formando una terraza á la italiana. Un plano inclinado, suavemente pavimentado, se ofrecía á su vista, cortado, en varias partes, por gradas que parecían conducir á una gruta rústica, bajo un cedro majestuoso, altivo, un poco teatral, que alargaba sus brazos como el Apolo de Belvedere.



...Contra el fondo sombreado de verduras, algunos restos de mármoles: una Flora, una Pomona, un Perseo, se reunían en vida recogida, secreta y conmovedora...

Ese hermoso camino estaba bordeado de iris en flor. El perfume lo embalsamaba, bosques de naranjos profundos, odoríferos y mudos, atraían á derecha y á izquierda. Un bosque de bambúes susurraba misteriosamente movido por la brisa. María, siempre la más sensible, se extasiaba.

El milagro de aquellos jardines levantaba poco á poco, por hábil gradación de atractivos, por encima del plan ordinario de la vida, y mostraba, de sorpresa, esos paisajes súbitamente ampliados en los cuales engendramos la ilusión de un engrandecimiento de nosotros mismos, de una embriagadora dilatación del alma, del corazón, de los sentidos.

Las tres jóvenes maravilladas corrían hacia adelante, poníanse de codos sobre las murallas derruidas, guarnecidas de musgo. Sus cabezas graciosas se recortaban sobre el horizonte purísimo. Luego se volvían, con el dedo en la boca, haciendo gestos á la señora de Salenque y á Roberto para que hablasen quedo, para continuar más tiempo en un paraíso tan hermoso. Se derramaban por los cuadros de flores, bajo el bosque de limoneros, tras de los arcos de enredaderas floridas. Inclínábanse al borde de pozos sin uso tan apacibles que estremecían... Volvían palpitantes y emocionadas en busca de la señora de Salenque y del novio de María, obstinado en no poner sordina á su voz para exponer á su futura suegra las peripecias de una carrera de "cruisers" de Mónaco, en la cual había tomado parte.

—Por favor, mi querido Roberto, dijo Marta un tanto molesta, cuéntenos más tarde sus hazañas, pero ahora cálese á lo menos por unos cinco minutos.

En efecto, la hora era particularmente deliciosa en aquel lugar privilegiado. Declinaba el día, la cima dentellada de la gran muralla de cipreses se aguzaba finamente sobre el cielo del crepúsculo. Contra el fondo sombreado de verduras, algunos restos de mármoles, una Flora, una Pomona, un Perseo, se sumían en vida recogida, secreta y conmovedora. Los matorrales exhalaban olor áspero y fuerte y de todos los techos visibles de la ciudad dominados



desde allí, las humaredas de la cena de la tarde subían en espirales ligeras por el aire completamente inmóvil. Una campana resonó en un convento de la ciudad, y todo el dilatado arrabal de techos de color de rosa parecía sacudir sus campaniles. De súbito por un instante todo se calló. Sobre la cresta de una muralla festoneada de yedra adelantaba un gato, una en pos de otra, sin meter ruido, sus patitas de suave terciopelo.

En aquel instante apareció por el extremo de la avenida central, un joven que apuraba el paso. Llevaba el sombrero en la mano, no era ni feo ni hermoso; aquellas señoras no lo habían visto nunca. Dirigiase hacia ellas porque las había notado en la "villa" y las creía extraviadas. Explicó la cosa rápidamente y luego, en un momento de embarazo, pronunció una palabra cualquiera más por casualidad feliz, y que cayó sobre el espíritu preparado de las niñas como cae una cucharada de incienso sobre un brasero:

—La hora es tan bella..., dijo.

—¡Ay, señor! exclamó María juntando las manos.

Y las tres niñas se agruparon en torno de ese joven como si le conociesen desde hacía mucho tiempo. Por él dijeron adios sin sentirlo al paisaje, á los perfumes, á la hora tan bella. Con aquel que había tenido la suerte de presentarse en el momento favorable y de halagar con una palabra sus almas ya encantadas, subieron hacia la Villa de Mazarini sin volver ni siquiera la cabeza.

El hermoso Roberto seguía flemáticamente en pos de ellas revolviendo, sin duda, en su imaginación la carrera de los "Cruisers", ciego ante el pequeño drama inaparente que acababa de representarse á la vista de la señora de Salenque, la cual había sorprendido el movimiento inquietante y espontáneo de su hija. Al tomar el brazo de su futuro yerno, le dijo:

—Sus buques, sus buques, Roberto, son cosa muy bonita... Pero, ¿sabe usted cómo se dirige la imaginación de una mujer?



...Un plano inclinado, seriamente pavimentado, se ofrecía á su vista, cortado en varias partes, por gradas que parecían conducir á una gruta rústica, bajo un cedro magestuoso, altivo...



Dedicado á mi amigo Luís Orrego Luco

CON el criterio de los reyes de la casa de Austria, que sofocaron entre sus manos potentes el desarrollo de la América entera, han discurrido y discurren todavía algunos caballeros chilenos que las echan de estadistas. El Estado era en aquella época una especie de común y supremo padre de familia, encargado no sólo de gobernar la nación, sino de formar en cuerpo y alma súbditos robustos y felices.

El monarca imponía la religión y dictaba la ley. Con la misma mano firmaba códigos y firmaba ordenanzas de aseo. Para evitar contagios morales prohibía la inmigración extranjera; para evitar dolores físicos daba recetas para el mal de ombligo. Con la mira de promover el desarrollo económico daba ó vendía monopolios, ó disponía que se arrancasen las viñas de Chile á objeto de no dañar las viñas del Perú.

En fin, y para no latear, el sistema de tuición empleado por España en el gobierno de América constituye el más elocuente ejemplo de ese monstruoso criterio, que durante siglos privó á la humanidad del concurso que hoy presta á su bienestar el continente americano.

Por instinto, los padres de la patria dijeron blanco en donde España había dicho negro, y adoptaron el régimen de libertad en donde España había adoptado el de tuición.

Como era natural, el vetusto tronco no fué descuajado con todas sus raíces, de las cuales no pocas han retoñado, creando intereses y sustentando errores que resisten con porfía á la acción natural del tiempo y del buen sentido.

Errores de esa especie hay por centenares, engastados en las constituciones, leyes, decretos y aún ordenanzas de las repúblicas hispano-americanas. Entre muchos otros, existe en Chile el de prohibir las rifas nacionales, y para asegurar el objeto que se busca, el de prohibir la venta de boletos de loterías extranjeras.

¿Qué persigue la ley? Por mal camino, un buen fin: que la gente no pierda su dinero. Es decir, el Estado cuida, ó procura cuidar, de la buena inversión del dinero de cada cual. En otros términos, más concretos: yo, Estado, le impido á usted botar dos pesos en una rifa porque creo que usted puede invertirlos más útilmente en otra cosa.

Con ese criterio, la lógica nos induciría á volver al pasado, al régimen colonial, á que el Estado cuidase del alma, del cuerpo y del bolsillo del ciudadano.

Y en efecto, si tenemos curador para no malgastar dinero, ¿por qué no tenerlo para otras cosas? Por ejemplo: para no mentir, para no estafar, para asegurar la fidelidad matrimonial, para no emborracharnos, para conservar el estómago sano, para bañarnos periódicamente, para evitar la murmuración, para vestir con buen gusto, para tener el vientre expedito.

Por curiosa anomalía, el Estado se constituye en curador de dineros, y sin embargo es verdad de fe que nadie administra peor su dinero que el Estado mismo. El de Chile es el que tiene la mayor renta del mundo, considerando el número de habitantes, lo que no quita que apesar de los millones que gasta haya centenares de servicios que están en la época de Adán y Eva.

Prohibir las loterías para evitar sus malas consecuencias, equivale á suponer que el vicio de la rifa no tiene sanción natural. La tiene de sobra en la pérdida del dinero mismo, por las privaciones que la pérdida acarrea, y que están en maravillosa relación con el monto de lo invertido y con la mayor ó menor necesidad del que invierte en rifas lo que habría menester para otra cosa.

No habrá ley positiva alguna que logre tener semejante filigrana de sanción.

Ahora bien: si á esas privaciones el individuo prefiere, mientras se tira la rifa, la esperanza de ser rico, ¿con qué derecho se lo impide la ley?

El ideal de alcanzar el mayor resultado con el menor esfuerzo está de tal manera prendido al alma humana, que con esa base se ha levantado un barrio entero de la ciencia: la Economía Política.

Que en las rifas, se dice, se alienta el espíritu del juego: verdad es esa, y como un templo, pero alienta porque Dios lo quiso, porque el juego es tendencia inherente al corazón humano.

Prohibir las rifas, como forma del juego, en un país en que todos juegan y en donde se juega con todo, es tan ridículo como economizar un fósforo en una jarana en que se botan centenares de pesos.

En Chile se juega desvergonzadamente en la bolsa, en las carreras; y lo que es más grave aún, se juega obligadamente con la moneda. El tipo del hombre de trabajo es en cualquier parte el productor agrícola, y en Chile el productor está obligado á jugar, porque según sean las fluctuaciones del cambio pierde ó gana vendiendo sus cosechas. El agricultor está al acecho del cuarto de penique, tal como está el tahir al acecho de la mala del banquero.

Insistir en la posibilidad de la supresión del juego, es quimera de las más calificadas. En vez de prohibirlo, se le debe reglamentar; así se evitan los abusos y se saca del vicio una cuota fuerte de dinero, que se puede dedicar al estímulo de la virtud ó al socorro de los devalidos. Hagamos como don Pedro II, que vendió títulos y con el producido levantó un hospital, cuyo solo mote es un texto de filosofía; ese mote dice en sencilla letra de oro: "la vanidad humana á la miseria humana".

Así como con rifas edificamos el hermoso teatro de Concepción, así podemos alcanzar la fundación de muchas cosas útiles, que á pesar de nuestros millones aún quermen el sueño de los justos.

Decir que en Chile no se juega porque la ley prohíbe las rifas es una de las muchas formas, á veces verdaderamente cínicas, de nuestra hipocresía colectiva.

A esa mentira, de dudoso buen resultado, prefiramos que haya rifas como las hay en medio mundo civilizado, y con su producido organicemos fundaciones y servicios de impostergable necesidad.

Un empleado bancario nos dice que á la Argentina y á otros países enviamos al año no menos de seis millones de pesos, por valor de los billetes de lotería que les compramos. Con eso atiende en parte el extranjero sus servicios de beneficencia: es decir, por la hipocresía de la ley, pagamos con buena moneda de oro la beneficencia ajena en vez de pagar la propia.

En el corazón de Santiago está la casa bancaria de Rodríguez: su sección clandestina,—la que hace el servicio de la lotería—es más conocida que don Pedro Montt. En la tal sección hemos visto comprando boletos de lotería á jueces, promotores, diputados, profesionales, estudiantes, obreros y sacerdotes: es decir á todo el mundo. ¡Nada más edificante para el prestigio de la ley! Pero todo eso no es obstáculo para que mantengamos la gran mentira de que Chile es un país serio, que no permite las rifas, que reprueba el juego.

¿Como un caballero, que condenaba el baile, por estimarlo poco pudoroso, pero que se había casado clandestinamente con la cocinera de su casa!

CARLOS LUIS HÜBNER



Flores

Marchitas

TRES meses han pasado desde tu casamiento, Elena, y ya te encuentras desgraciada. Tenías tú, de soltera, cualidades muy superiores. Eras encantadora por muchísimas razones: por tu claro talento, por tu amplísimo criterio, hablabas como un psicólogo de alto vuelo, especialmente cuando comentabas sobre matrimonio. Entonces tu lógica era irrefutable, pues sostenías que para obtener la felicidad había que conceder al hombre toda su libertad, porque al compañero de la vida sólo debe sujetársele por los lazos invisibles del amor. ¡Qué bellos eran tus ideales, Elena; pasaste de la soltería al matrimonio con un bagaje de teorías admirables a tu edad! Qué hermosa te ví con tu continente de novia, bien

poseída del amor de tu Luis y de ser una pitoniza para predecir el porvenir. Vamos, Elena, quiero repetirte que eras muy seductora; pero apenas sola con tu Luis te absorbió avasalladora pasión, y hoy sólo quieres vivir del amor y de sus manifestaciones, y de aquella semicanonesa, predicadora de moral, sólo queda una quimera. El egoismo de tu esposo y quizá, más que todo, el poco cariño que te demuestra, son ya la causa de tu infelicidad.

Líbreme Dios y excúseme si supongo que tu Luis esté cortado por el patrón común; pero no es de más que sepas que el egoismo es rasgo característico en el hombre, y es el egoismo en el hogar un intruso más fatal que la pálida Intrusa del inspirado poeta místico Maeterlinck, porque aquella intrusa liberta a la materia del sufrimiento, mientras el egoismo deja la vida llevándose el amor, lumbre del hogar y sostén de la felicidad.

No pretendas, Elena, modificar el carácter de tu Luis; prefiere oponer a su egoismo, benevolencia y abnegación, y esto sin hacer mérito, como si ello fuese un fluido magnético, invisible y misterioso, como un hálito inmaterial desprendido del





ARISTOCRATAS Y PLEBEYOS.—Lucy E. Kemp-Welch.

alma superior de una mujer ángel; á su terquedad responde con afable y exquisita gentileza, pero evita al mismo tiempo en la intimidad excesos de confianza: sé formal, mujer de peso, explícame mal, "no peses", pero no seas liviana y no mimes demasiado á tu ídolo: déjalo que busque tu cariño si le hace falta.

Si no estás segura de poseer el dón de la adivinación, no te adelantes á ofrecer ni lo que supongas que puede satisfacerlo, porque, impulsivo como es tu carácter, te dejarías sólo llevar por tu corazón. Como de tus salomónicas teorías nada queda, pues volaste apenas casada, como aquel Icaro de la leyenda, que se dice subió hasta el sol con alas de cera, dándose tan feroz porrazo que se mató, aplícate tú la alegoría y no olvides que tu temperamento apasionado te transforma en cera, y lógicamente no debes volar hasta el sol.

Cuando sientas demasiado la terquedad de tu Luís, recuerda lo que Goethe y Tolstoi, como buenos artistas, pretenden probar: "que lo más real es soñar visiones". Practica el concepto y aquieta por él tu pasión y así irás á ritmo, pues debes persuadirte de que el amor, una vez concluído, en cortísimo período de fugaces exterioridades, no le queda otro recurso que soñar.

Malogrados sus anhelos de fe activa, debe por fuerza transformarse en quietud, símbolo de ansias frustradas y de desencanto, en que la realidad mata las exuberancias ilusionistas de que se suele nutrir nuestro pobre corazón.

Dice un epigramático humorista que sobre el amor escribe: "El amor es el comercio de dos fantasías y el contacto de dos epidermis; las mujeres están destinadas á comunicarse con nuestras debilidades, con nuestras locuras, pero nó con nuestra razón".

Los misántropos á lo Shopenhauer, habituados á su dualismo de pensamiento y de vida, después de aspirar flores hasta la saciedad, declaran que el amor es un gran criminal porque, conservando la vida, sigue perpetuando el dolor. ¿No piensas, Elena, que esta paradoja es más real que generosa? Lo que hay de verdad es que la mujer ama con mayor abnegación y sin cálculos, guiada sólo por los impulsos de su corazón, mientras el sublime egoísta sólo toma del amor lo que surja para él de agradable; y en esta desigualdad se supone que el rey de la creación lleva la mejor parte.

Por tus confidencias íntimas observo que las flores de tus ilusiones han caído marchitas, porque el amor se presentó á tí en alegoría de Apolo seguido de las musas, y acaso pulsando la lira. El reverso ha sido distinto y ¿qué razonamiento cabe ante esa dura realidad para la que no bastó toda la previsión humana, ni hubo talismán para alejar ó retener lo inevitable en que se transforma el amor, cuando ello va surgiendo del laboratorio de las pasiones, sin que exista psicólogo ni adivinador de almas capaz de preverlo. Como la realidad ha defraudado tus anhelos, recu-

rre á la imaginación, sueña el ideal criado por tus sentimientos nobles y artísticos, condénsalos, y entonces cantará tu alma sinfonía armónica, evitando la tristeza y el hastío, con su cortejo de aspiraciones y satisfacciones vulgares, como resultado de pesimismo desesperados.

Cuando se deja de vivir en completa intimidad de pensamiento y corazón se efectúa el divorcio intelectual, triste y curioso espectáculo de dos existencias unidas é imposibilitadas para comprenderse.

Los aconsejadores de almas encontraron acaso para estos dolores humanos otra frase que la histórica: "Ante todo el deber". ¿Qué rígido te resultará el deber, Elena, con el corazón vacío! la tranquilidad de la conciencia tiene sin duda su aureola de hermosa atracción, y es un bálsamo que al aliviar el dolor del alma, evoluciona hacia el sacrificio; pero esto no impide que estas reglas estoicas, como témpanos de hielo, no á todos conforte.

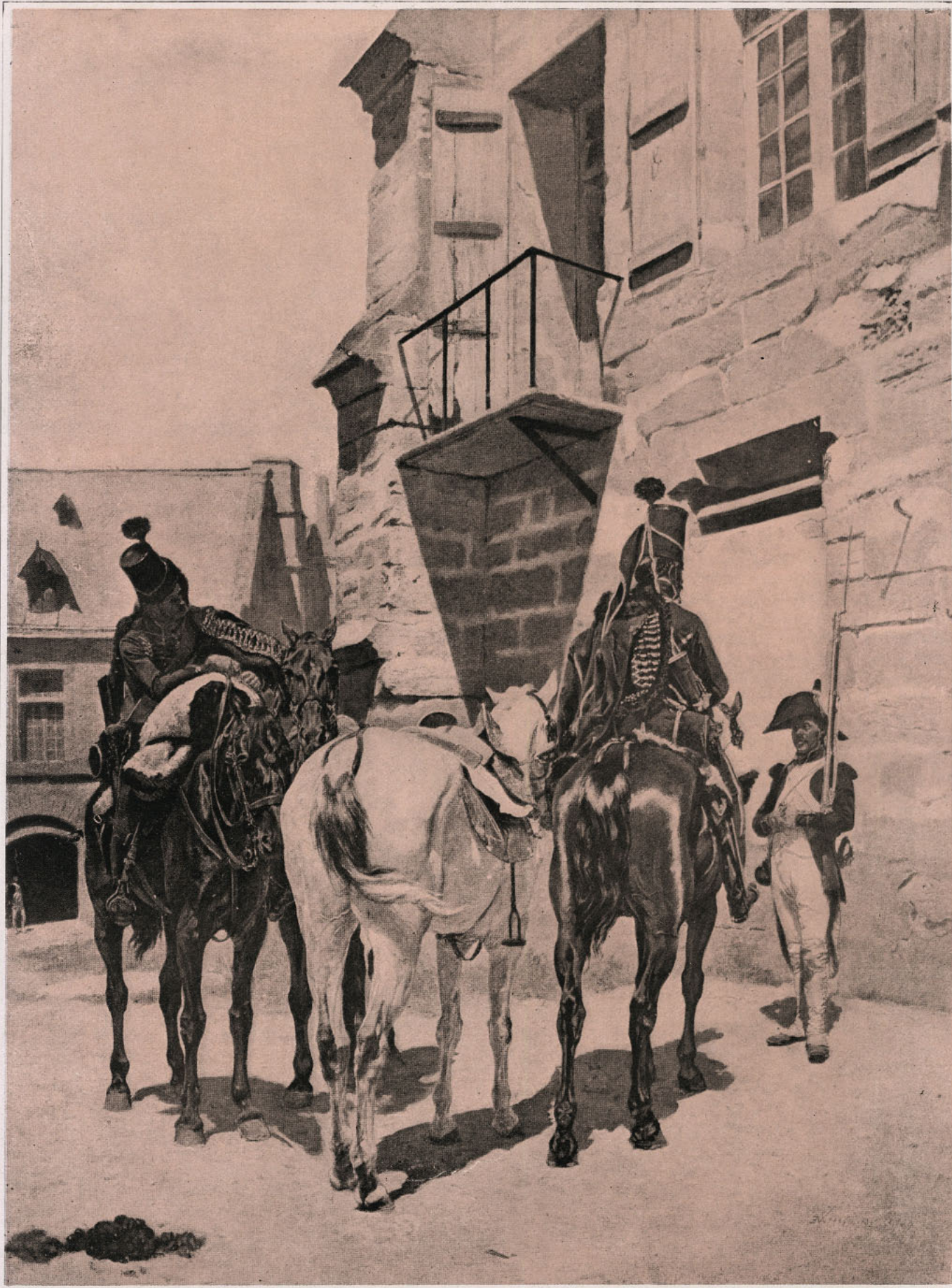
Las melancólicas experiencias ajenas subministran muchas y variadas reflexiones teóricas, pero en la práctica la racionalidad nos aconseja no adoptar ni lo vivido, ni lo sentido por otros seres, de temperamento y mentalidad diferentes á las nuestras. No hay, pues, Elena querida, otro camino que el de la observación propia sin pretender aplicar la ley común, pues cada corazón es universo aparte, donde lenguaje y costumbres varían hasta lo infinito.

Si hubiésemos de aceptar también toda la honda filosofía nietzscheana, tendríamos que conducirnos de modo muy diferente al que nos impulsa nuestro corazón, pues sostiene Nietzsche que la jaula de oro en que simbólicamente coloca la mujer al hombre en el hogar, para llenarlo de solicitud y para complacerlo en sus menores deseos, nada vale para un espíritu libre á cambio de su libertad; y agrega todavía: "Las mujeres tratan siempre de ser serviciales y en ello ponen su mayor afán; el espíritu libre no quiere ser servido y en ello pone también su ventura".

A estas tesis de tan árida psicología antepongamos, Elena, pensamientos más bellos y más consoladores, y si un Ariosto dijo que "el hombre no puede ser bastante bueno sin una mujer á su lado", y si Walter Scott agregó "que uno de los mejores estímulos para las acciones grandes es tener por testigo á la mujer amada", ¿qué puedo yo agregar á esas reflexiones de lógica tan convincente? Qué otro consejo darte sino que aduermas las revivencias de tus pasadas decepciones, encono vano para el alma, y que vivas menos del presente, acogiéndote con fe en el porvenir; océano más navegable que entre sus olas color de esmeralda de que vestimos á la esperanza nos prende á la vida, aunque ello sea entre nostalgias de hondas pasiones y dolores intensos?

ROSA HOCHSTETTER

Noviembre de 1909.





GAMBETTA

RECUERDOS INTIMOS

I

El Dictador de Burdeos

RECUERDO, como si lo viera, el día que entré á un cuarto apenas suficiente para dar cabida á tres personas. Allí, solo, arrellanado en un sillón, tras de su mesa, medio oculto por un hacinamiento de cartas y papeles, leyendo peticiones, telegramas, misivas diversas que rompía cuando no las consideraba de importancia y cuyos pedazos arrojaba á un gran canasto colocado á su derecha y ya casi lleno de papeles inútiles: allí estaba, tras el montón vano, símbolo de las grandes y de las pequeñas batallas de la vida, de los papeles, hojas secas de nuestras pasiones, fiebres de patriotismo y de amor.

Maquinalmente continuaba esa selección dramática, conmovedora, lúgubre, hablando al mismo tiempo. Entre esas cartas, ¡cuántas esperanzas, ilusiones, sueños! ¡al canasto!...

Ese era el Dictador que había movido á la Francia á su sabor, como se lo gritaban sus enemigos. El, que antes fué risueño, era hoy calmado y grave; estaba pálido, más aún que en la Asamblea. Triste, pero no abatido, por otra parte. Un amargo pliegue de su labio demostraba al hombre caído de la altura. Pero la frente erguida y amenazadora revelaba al hombre que había escalado las mayores alturas: ayer tribuno, hoy héroe.

Esa mañana nos habían anunciado en Burdeos que el general Bourbaky, desesperado de su retirada, se había disparado un tiro en la sien, según decía el telegrama.

—¿Es verdad? pregunté.

Gambetta tuvo un gesto de profunda piedad.

—Sí, ¡pobre hombre! Y agregó:

—Un bravo soldado. Pero había tomado á la izquierda en vez de tomar á la derecha: se ha equivocado y ha pagado su error.

Encogiéndose de hombros é hizo un ademán con la mano derecha, entre cansado y resignado, pareciendo decir:

—Después de todo, él es bien feliz!

Invideo quia quiescunt, decía Lutero.

Pero nó, no se leía el aburrimiento en la faz del caudillo indomable. Era melancolía, sí, dolor de saber el fin de un soldado cuyo error y cuya muerte anunciaban demasiado pronto los telegramas. Pero la prodigiosa vitalidad del combatiente, que sentía y nos hacía sentir que ese reposo no era sino un instante de detención; su retirada, un renovamiento de fuerzas, la del corredor que va á volver á partir y que alimenta la esperanza, la esperanza invencible y que mira suyo el porvenir.

—¡Cansancio, seguramente; desesperación, nó! me dijo precisamente con su sonora voz. Hasta luego. ¡Adelante!

Y tendiéndome la mano, continuó leyendo las cartas, los telegramas, los informes, los papeles y poniendo á un lado lo que pertenecía á la historia, rompiendo, arrugando (á veces con desprecio) las hojas inútiles que arrojaba al canasto.

Al ver el pliegue de su labio, me imaginaba que había injurias, insultos anónimos entre esas numerosas cartas; pero Gambetta estaba acostumbraado á la calumnia y á los ultrajes. Los había sufrido, leído y releído ya, y no anónimos, sino firmados por nombres resonantes, y los había recibido encogiéndose desdeñosamente los hombros.

Los famosos **crapauds** que todo hombre que hace algo y que, sobre todo, quiere hacer grandes cosas, debe tragar todas las mañanas, el Dictador que, ante todo, quería ser el conciliador, sabía ya cómo deben digerirse. Tenía un espíritu demasiado elevado y, aunque muy optimista, conocía demasiado bien á los hombres para ignorar que la injusticia, los propósitos emponzoñados, las invenciones bajas, los embustes, las ingratitudes, los ataques sordos, las traiciones, las palinodias, las defecciones, forman parte del bagaje del hombre que camina hacia el progreso. Y como era de esos superhombres de que habla Nietzsche, era natural y fatal que le tocara un exceso de calumnias.

Ambicioso solamente del bien de la patria, celoso y orgulloso de los destinos de la Francia, León Gambetta, aquel sentimental tan avisado como un matemático, debía decirse, sin embargo, y se decía, ciertamente, que llega una hora en que se hace justicia á los esfuerzos del hombre de buena fe y de leal proceder. Tenía razón en confiar en el porvenir de aquella casita de Burdeos, en donde lo ví caído del poder, rechazando á pedazos los jirones de la defensa, los restos de la derrota.

Tenía razón en creer y era de los que hasta el último suspiro creen en el derecho, en la justicia, en el arreglo de los negocios de este mundo por la equidad final. En la casita de Ville d'Avray, en donde, bajo el monumento de piedra, se ha encerrado su corazón, estaba él, después de haber fundado la República, tan lleno de fe, aún después de su caída, como en la casita girondina tantos años antes, y allí le encontré igual que en otros tiempos cuando fui á visitarlo en el saloncito de cielo bajo en que me hablaba de las **Jardies**, del **bâton du perroquet** de Balzac.

II

Un sueño de Gambetta

Hace tiempo me dieron noticias de una especie de conferencia dada, á la vuelta de su viaje por Francia, por Skobelev al Círculo de la Nobleza, en Moscou; en ella había hablado el general de sus relaciones con Gambetta. He encontrado en esa conferencia la revelación de un hecho ó más bien de un sueño generoso y audaz poco conocido.

El general cuenta que vió varias veces á Gambetta durante su permanencia en París.

“Me había hecho presentar á él desde mi llegada. Ya en nuestra segunda entrevista, convinimos en que comeríamos de **tête-à-tête**”.

Apenas cambiados sus nombres el primer día, sus manos se habían buscado: una misma sonrisa indicaba un pensamiento común.

“Nos quedamos, dice Skobelev, desde las seis de la tarde hasta las dos de la mañana. Su mirada clara y brillante tenía un no sé qué de burlesco y de bondadoso que daba un encanto particular á su conversación. Cuando se animaba, se le inflaban las narices, su boca se hacía desdeñosa, su mirada tenía soberbios resplandores, toda su fisonomía se revestía de un aire de grandeza”.

Tenía maravillosa intuición de las cosas militares y adoraba al ejército, que, caso raro, lo había adoptado sin ser de su seno; el ejército contaba con él, si no para

que lo condujera, por lo menos para preparar el **porvenir**.

La idea fija de Gambetta (y es un proyecto que parecerá singular, sin duda) era de llevar uniforme. ¿Cómo?

“Sin ponerse en ridículo, me lo confié en nuestra larga conversación, agrega Skobelev, jurándome que no había hablado de ello ni á sus más íntimos, pues habría bastado que hubiera corrido el rumor, para que su intento se imposibilitara y hubiera dado á sus enemigos una arma de victoria contra él, el ridículo, á que tanto temía”.

Sigo citando á Skobelev:

“Extrañaría á los franceses si pudieran oírme, pero he aquí lo que él pensaba hacer una vez nombrado Presidente:

“Según la Constitución, él era el jefe de las fuerzas de mar y tierra. ¿Quién podría echarle en cara que lo uniera al ejército un lazo más estrecho? Se habría matriculado como soldado raso en un regimiento y para ello no era preciso ni una ley ni un decreto, me decía, pues como jefe del ejército, podía ocupar en él el lugar que quisiese. Una vez soldado, el resto marcharía solo: llegaría á ser cabo, sargento, subteniente, en el mismo tiempo rigurosamente reglamentario, y haría la guerra ¡ah, la guerra! La guerra con que soñaba, en el grado que entonces hubiera tenido, subteniente ó capitán, y habría pedido á los campos de batalla la consagración de los grados superiores.”

“¿No teme usted, al principio, dificultades de parte de las Cámaras, el denuncio de su ambición, el espectro de un golpe de Estado militar, explotado por tal adversario!” (Skobelev lo nombra).

“¡Ah! me dijo, he pensado en ello; me costará más trabajo hacerme nombrar cabo que general de división; pero tendré al pueblo de mi parte. En Francia se puede hacer todo; basta saberlo hacer”.

¿Había comprendido bien Skobelev el sueño de Gambetta? ¿No había tomado un hermoso sueño patriótico por una realidad? ¿Ha tenido Gambetta la visión de un jefe de Estado que ingresa á un regimiento para tener el derecho de marchar á la cabeza del ejército? ¿Fue sólo una noble y orgullosa paradoja de los postres ó un proyecto lentamente premeditado y madurado? No doy este recuerdo como un hecho innegable. Lo positivo es que entre esos dos hombres, el ruso y el francés, el humo de los cigarros les hacía sentir el olor del humo de los cañonazos.

Skobelev precisaba los sentimientos de Gambetta sobre la alianza franco-rusa. Encontraba en ella “esta diversidad de intereses que permite á las dos naciones sostenerse mutuamente sin tropezar en el terreno de las ambiciones comunes”. Y el general blanco agregaba este juicio que hace honor á su golpe de vista y á su corazón:

“Es un espíritu elevado, accesible á todas las ideas generosas y al mismo tiempo bastante fino y sutil para discernir en todo el lado práctico de las cosas. Patriota, ante todo, morirá por la causa de la Francia; le deseo una larga vida en interés de esa hermosa tierra que todos amamos como patria adoptiva”.

El deseo del héroe de Plewna no debía cumplirse. El también, como Gambetta, estaba destinado á morir joven, sin realizar sus sueños.

JULES CLARETIE,
de la Academia Francesa.



PRIMAVERA

GAMBETTA POR GAMBETTA

Con este título, M. Ghensi publica una colección de cartas inéditas que arrojan mucha luz sobre la figura de Gambetta. Damos aquí algunas que corresponden á la infancia del futuro orador. Tenía doce años; su padre lo había colocado como alumno en el pequeño seminario de Montfancon. Y ya, por ese tiempo, despertaba su joven inteligencia, impetuosa y ávida de emancipación.

Los sueños de colegial de Gambetta

"Montfancon, 23 de Mayo de 1850.— Mis queridos padres: Hace un siglo que no les escribo ni les contesto sus cartas que me han causado tanto placer. ¡Qué descuidado soy! ¡Dios mío! ¡Qué ligereza! ¡Las hay mayores? No. Con razón me pudieran mostrar el diario de los atolondrados. Abro, busco; en vano; no lo hay; pero ya que soy tan culpable, por negligente que sea yo, espero de mi buen papá y de mi buena mamá que perdonarán á este mal educado de León, que no les ha dado noticias suyas durante un mes.

Voy á referirles, antes de nada, mis triunfos y mis sueños. Hubo composición de un tema y tuve un pequeño fracaso,

fui el cuarto. Ustedes saben que me he formado la resolución de trabajar sin descanso: seré el primero ó no sirvo para nada. Es lo que he dicho á mi adversario, pues tengo uno. Cuando soy primero, él es segundo, y cuando soy segundo, él es primero. Es lo que me ha sucedido con las notas del trimestre: él era segundo el primer trimestre, yo era primero; esta vez él ha sido primero y yo he quedado segundo, como ustedes han visto. Si ustedes desean saber los premios que tengo, aquí están: Primero de excelencia; él lo tiene de seis puntos, yo también; Geografía, segundo premio; Historia, primer premio; Gramática francesa, segundo premio; Versión, primer premio; Yema, primer accésit ó segundo premio; Gramática griega, segundo premio.

Esos son todos; todos los que hay en la clase. Pues bien, en aquellos ramos en que tengo sólo el segundo, como Geografía, Gramática francesa etc., haré lo posible para obtener el primero. Querida mamá: á tí te llevaré mis coronas, como á papá, para que con las bendiciones de ambos pueda prosperar siempre, pues Dios, Jehovah, el Eterno ha dicho: el que adora á su padre y á su madre pasará su vida feliz y vivirá largo saños.

Muero de nostalgia, de ese mal que consume y le roe á uno el corazón ¡nostalgia!

¡terrible mal! Pues tener nostalgia quiere decir echar de menos la tierra en que se ha dejado lo que se tiene de más querido y, ¿qué cosa más querida para un corazón que un padre, una madre, una tía, una hermana, un amigo como el señor Sisco?

A León Gambetta se le ha ocurrido ser marino. Prefiere ir al mar á quedar cautivo en el almacén de su padre. Ello le cuesta severos reproches paternales.

"8 de Julio de 1850.—Querido papá: Contesto á tu carta del 2 del corriente, en que dices que te he causado mucha pena y en que preguntas si he perdido la cabeza para hablarte, como lo hice, de la profesión de marino. Pero no quiero darte pena. Sin embargo, ¿que dirías tú si un padre se opusieron á la vocación de su hijo? ¿Qué piensas? Además, no se muere sino cuando se debe morir, pues, al fin, se puede escapar á los más grandes peligros para perecer de la manera más sencilla. Así, pues, no se muere uno ni más tarde ni más temprano. Tú dices que has sufrido en esta carrera; no dudo que se sufra en esta profesión tan ruda, á tal punto que salgan canas precoces. Agregas que quieres hacerme constar mi inconstancia al recordar que yo te he dicho que me creía nacido para vender pimienta y azúcar negra: más tarde hay tiempo para ver de donde sopla el viento. Así, pues, papá, sólo tú te opones. Pienso que únicamente querías hacer de mí un comerciante: ¡pues bien! haz un marinero; toda carrera es honorable".

Por fin se rinde á las observaciones de su padre: renuncia á sus sueños marítimos.

"Montfancon, 18 de Julio de 1850.— Querido papá: Contesto tu carta del 17 del corriente. Te aseguro que he vuelto atrás de mis locas pretensiones. Así, pues, papá, aplaca la justa cólera que contra mí tenías. ¡Oh! qué loco estaba yo! Puesto que vuelvo sobre mis pasos y abandono mis ideas á lo Jean Bart, quiero que me perdonen los pensamientos irreflexivos, pues, positivamente, yo no había pesado todo, en efecto; quiero abandonar la profesión ideal que me había formado: todo lo que reluce no es oro. Así, pues, querido papá, perdona mis locas ideas. Sí, lo espero, me dejarás á la cabeza de una brillante casa comercial y espero que me perdonarás, pues ya no quiero alimentar aquella idea. Sí, comprendo que, de cien mil, hay pocos que se salvan. Así, pues, abjuro, pues si va á causarte pena, preferiría morir yo mismo. Sí, querido papá, antes morir que darte pena; confieso que estaba en el error. Pero á todo pecado, misericordia. Así que me atrevo á esperar ¡ay! que tendrás todavía la bondad extrema de perdonarme. Querido papá, esto se acabó, ahora no pensaré más ni en marinero ni en diablo que sea. Nada de eso, sino lo que papá y mamá hacen por mí; en las privaciones que sufren por mí, privaciones que jamás podré devolver ni en su décima parte. Sí, ustedes se han abnegado por mí, como mi hermana. Así, pues, perdónenme, se los ruego. Muchos besos á mi querido Yato y á mi hermana muy amada, Benedita Gambetta; estoy muy contento con esa alteza serenísimas. M. Phillippe, M. Jacques, papá, mamá, tomen todos café el Domingo en honor de la abjuración de mis errores.

Os abraza á todos. Tu hijo.—León Gambetta

Cuadros de Controversia

ES materialmente imposible, escribe el Hon. John Collier, pintar cuadro alguno cuya composición no sugiera muchas y, á veces, antagónicas interpretaciones. No es posible explicarlo todo en un cuadro como en la novela. Yo me esfuerzo en presentar mi tesis lo más sencilla y definitivamente posible; pero las limitaciones de la pintura no me permiten agotar la materia. Es verdad que mis cuadros han provocado mayor número de preguntas de parte del público que los de otros pintores, pero yo atribuyo esto á mi predilección por tratar asuntos de la vida humana misma, escenas de la vida diaria y familiar. En todo caso, yo evito en lo posible el ser enigmático, y sin embargo la prensa levanta su voz de papagayo para gritar "controversia", hasta que consigan arruinar mi reputación de artista y hacerme aparecer ante la opinión pública como un mero explotador de la vulgar curiosidad de la masa.

Quiero y debo protestar del término **controversia**. Mis cuadros son la materialización de una teoría según la cual los artistas deberían pintar de preferencia lo contemporáneo, como asimismo darle su verdadero é inmenso valor á la representación de la emotividad. De acuerdo con este criterio me agrada tratar, como ya lo he dicho más arriba, pequeños dramas de la vida diaria y pintarlos con la mayor realidad posible, como si en efecto se estuvieran desarrollando á mi vista, con una estudiada exención de todo lo que pudiera parecer exagerado ó teatral. Y, sin embargo, se me tilda de "sensacionalista" y se llenan columnas con ataques á lo que bautizan con el título de "la moderna escuela de los cuadros de controversia".

Esto nos hace recordar el conocido caso del amateur chino que tenía colgado en su casa de Shangay un ejemplar del cuadro "Un casamiento de conveniencia". El se explicaba el cuadro de la siguiente manera: Trataríase de dos esposas, de las cuales la N.º 2 habría despojado de su vestidura á la N.º 1. He aquí lo que dice el propio autor del cuadro: "La interpretación del "Casamiento de conveniencia" es bastante sencilla. El traje nupcial está sobre la cama, como ocurre siempre la víspera del matrimonio. La madre ha entrado y encuentra á la hija entregada á una histórica desesperación. Le dice que no sea *sonsa*. La actitud de la madre es simplemente despreciativa. Ella sabe perfectamente que, llegado el momento, su hija no retrocederá".

Acepto desde luego que no es esa la única explicación posible del cuadro, que puede haber otras (aún la del amateur chino); pero quiero sí que se me conceda por lo menos que yo, lejos de pretender deliberadamente proponer una adivinanza, he hecho al contrario todo cuanto me ha sido dable para facilitar la clara comprensión del "asunto" de mi cuadro.

Ya he dicho que, en un cuadro, es imposible explicarlo todo tan detalladamente como en la literatura. En cambio, el cuadro ofrece la ventaja de producir una impresión más real, más vívida de los hechos que la literatura, y si no fuera condición de la pintura despertar esa sensación de realidad, perdería todo su valor al lado de la literatura misma. Al pintar mis cuadros persigo el ideal de hacer que las personas sientan y aún mediten, pero de ninguna manera producir en ellos la perplejidad.

Y ya que la oportunidad se presenta, quisiera aprovecharla para dejar constancia de que, á mi juicio, no es en ningún modo feliz la designación de cuadro de "controversia" la que se acostumbra aplicar á toda tela cuyo "asunto" ó "idea" no se percibe á primera vista con claridad.

Es verdad que, pese á su elasticidad, es ésta la única palabra que puede expresar en forma más ó menos definida la circunstancia de ser susceptible de más de una interpretación el ideal perseguido por el artista al pintar su cuadro.

Es condición inherente al espíritu humano la curiosidad, el deseo de saber, y, por lo tanto, no debe extrañarnos el que aquellas personas que se encuentran perplejas al tratar de explicarse satisfactoriamente una escena en un drama, poema ó cuadro, se esfuerzen por investigar el móvil que guió al autor mismo en el tratamiento del "asunto".

Pero de allí no se sigue que el cuadro mismo sea de "controversia", pues en tal caso tales cuadros tienen siglos de existencia, han existido siempre, son probablemente tan antiguos como la pintura misma. Un gran número de los cuadros de los clásicos venecianos y florentinos serían cuadros de "controversia". Cualquiera tela que haya dado lugar á divergencias de opinión con respecto á su interpretación es, evidentemente, un cuadro de "controversia". La tan conocida obra maestra de Holbein, "La Madonna de Meyer", uno de los más hermosos cuadros del mundo es, asimismo, una de las más célebres entre las telas de "controversia". Volúmenes enteros se han escrito para proponer, defender y refutar una explicación dada; los más claros cerebros en Europa: Tieck, Schlegel y Ruskin, inclusive, han emitido encontradas opiniones al respecto y, sin embargo, aún no se ha dicho la última palabra ni se está más avanzado en este punto que lo que se estaba hace ya cerca de cuatro siglos.

La "Madonna de Meyer", que se encuentra en la galería del antiguo castillo de Darmstadt, perteneciente al Gran Duque de Hesse, es uno de los más valiosos cuadros del género sagrado del mundo entero. Representa al Burgomaestre de Basle, Jacobo Meyer, y su familia arrodillados á los pies de la Virgen María, en la actitud de adoración. ¡Cuántas discusiones alrededor de



LAS NODRIZAS.—E. D. Etcheverry.



VICTIMAS DEL MAREO.—Mauricio Minkowski.

esta tela! Según unos, trataríase de un cuadro votivo para conmemorar el restablecimiento de un niño que estuvo á las puertas de la muerte. Hay quienes llevan esta idea aún más allá y afirman que el niño que tiene en sus manos la Madonna es el alma de un niño muerto, mientras otros creen que la guagua en cuestión simboliza el alma de la mujer que está de rodillas cerca de la Virgen y que se supone ha muerto recientemente. Existen otras numerosas interpretaciones, producto del refinado sentimentalismo de la crítica moderna alemana, encabezada por Tieck, Schlegel etc., quienes seguramente hubieran modificado en mucho sus apreciaciones si en lugar de copiar hubieran estudiado el original.

Ruskin se inclina del lado de los sentimentalistas y de acuerdo con este espíritu acepta en todas sus partes la, según él, "bellísima y verosímil" tradición que nos ha llegado al respecto del cuadro "La Madonna de Meyer": Un padre y una madre han hecho voto á la Virgen con el propósito de obtener su divina protección en la conservación de la vida de su hijo enfermo. Ella se les aparece con su propio Hijo en sus brazos. Deposita el Divino Hijo delante de ellos: toma en sus brazos al niño enfermo; el niño se apoya en el regazo de la Virgen; tiende las manecitas á sus padres diciéndoles "Adiós" y recordándoles que se encontrarán nuevamente en la eternidad.

No de igual manera piensa Mr. Arthur B. Chamber, quien es de opinión que la más sencilla y natural explicación del cuadro es la creencia, bastante general, por lo demás, de que se trata de "La Virgen con su niño que es objeto de la adoración de algunos de sus fieles", siendo esta explicación en su sencillez lo bastante bella para no necesitar de recurrir á todo ese artificio de sutilidades y obscuridades con que la ha adornado el sentimentalismo teutónico.

Si se quiere, todas las telas alegóricas, simbólicas, son telas de controversia. Sólo que en unas es menos y en otras más comprensible el móvil del artista. Entre las dudas que asaltan al admirador del espléndido cuadro de Mr. T. C. Gotch, "El despertar", tiene importancia capital la distinción entre lo material y lo inmaterial. ¿Los tres ángeles son de carne y hueso ó espirituales? ¿La joven los ve en realidad ó se quiere materializar en la tela una visión, un sueño de ella? ó bien, ¿no podría tratarse aquí de un recurso artístico del pintor cuya pretensión sería meramente simbolizar así las tres fases más importantes en la vida de una mujer?

También es bastante aceptable la interpretación que nos da á este respecto un

crítico: "En esta hermosísima tela (cuyo original se encuentra en el Salón de Bellas Artes de Bristol), podemos ver los ángeles que presiden la infancia, adolescencia y maternidad de la mujer, que aparecen repentinamente ante una joven que siente por primera vez vibrar su corazón á influencias de un purísimo amor".

Durante sus viajes por España, Mr. J. B. Burgess tuvo la oportunidad de presenciar el curioso espectáculo de un escritor de cartas en el ejercicio de sus funciones, y tanto le llamó la atención el hecho que se sintió tentado á trasladarlo al lienzo, y hé ahí el origen de uno de sus más famosos cuadros: el "Escribiente de cartas en España". Por asociación de ideas se sintió inducido á inventar un pequeño drama en que tomara una parte importante el memorialista en cuestión.

Pero no imaginó jamás que una vez terminado el cuadro daría lugar á las discusiones que provocó de parte del mundo inteligente.

Es al hecho de responder el "escribiente de cartas en España" á la tendencia de buscar en la pintura una representación gráfica y vívida de las escenas de la vida doméstica á lo que debemos atribuir su popularidad. En verdad nos encontramos, en la Exposición de Burlington House, á cada paso con telas que versan sobre tales temas. Se han publicado



TOCADORA ESPAÑOLA.—Cuadro de Villegas.

algunas de las muchas interpretaciones sugeridas por el cuadro. Wilkie Collins escribió un trabajo acerca del incidente, y llegó á manos del autor un gran número de cartas en que se le hacía toda clase de preguntas acerca de lo que estaba haciendo ó pensaba hacer, y aún le proponían la adopción de sus propias apreciaciones para la explicación del "asunto" del tan bullado cuadro. Mr. Burgess, hombre muy sensato y espiritual, terminó por aceptar una de las versiones propuestas, confesando que la explicación que él mismo había ideado para su cuadro era "algo vaga". El anciano Pedro Ricote era el memorialista de Valladolid. Cierta día llega á su estudio una niña soltera, beata é iletrada, quien le ruega le haga el favor de redactarle una carta que desea enviar á un joven soldado que le hacía la corte desde mucho tiempo atrás. La correspondencia iba viento en popa hasta el día en que, estando ausente de la localidad el soldado, se presentó otro aspirante al cariño de la joven. Inés se encontraba en la temible disyuntiva de elegir á uno ú otro. Y estaba indecisa... Por fin resuelve someter la dificultad al criterio del anciano Ricote, y su familia se va acercando poco á poco alrededor de la mesa, ansiosos de conocer el resultado de la consulta. ¿Quién debía ser elegido? ¿Aceptaría el anciano Pedro el papel de consejero? No, él no podía aconsejar nada... Y por eso temblaba el pobre viejo... Rehusó. En el período más emocionante de esta escena aparece el pretendiente N.º 2, quien abraza la esperanza de que Inés enviará al joven soldado la palabra de ruptura. De pronto, una señora ya entrada en años se acerca al oído de don Pedro y le dice muy quedo estas palabras, que Inés alcanza á coger al vuelo: "Díla, simplón, que su adorador ausente es tu hijo". ¡Tableau!

Con respecto á vaguedad en la intención ó título de la obra, un gran crítico nos ha dicho que "toda inspiración es vaga; y cuando llega á tener una forma definida, precisa, el Divinum afflatus se convierte en un vulgar caso de observación visual". Haciendo referencia á "La Pieza de la Puerta Secreta", expuso en más de una ocasión su autor lo que sigue: "Deliberadamente di un título algo vago á mi cuadro, pues bien sabía que éste es un excelente arbitrio para aumentar en cierto modo el interés del amateur, quien se da el lujo de forjarse una historia á su gusto alrededor del cuadro". Y, naturalmente, aparecieron muchas versiones de la escena en cuestión. "La escena que he tratado en mi cuadro "La Pieza de la Puerta Secreta", agrega él mismo, se desarrolla en una hermosa mansión señorial construída allá por los tiempos de Jaime I, una verdadera madriguera de liebres, cuajada de pasillos secretos etc. y en el espesor de las murallas existen, ó al menos existían en la época en que yo estuve allí, dos ó más cámaras secretas que prestaron grandes servicios en los revueltos tiempos de la Guerra Civil para el ocultamiento de los fugitivos. Gracias á una feliz casualidad tuve lugar á ver el interior de una y aún de dormir en ella. Era una pieza bastante espaciosa y cómoda. De las otras sábese que existen, pero no han sido abiertas desde ya larguísimo tiempo".

Miss Mac. Gregor, emitiendo su opinión respecto al cuadro y su tesis, dice: "Cada uno puede imaginar á su gusto el "asunto" del cuadro "La Pieza de la Puerta Secreta", pero por mi parte quiero declarar que mi "idea" es la siguiente: Al través de las ventanas divisase la aproximación de los famosos Ironsides, "Costillas de Hierro", de Cromwell. Ellos inspeccionarán el castillo recorriéndolo todo, desde el zaguán hasta los dormitorios, con el objeto de descubrir al caballero que está escondido en una de las piezas secretas. La castellana de la mansión señorial acaba de levantarse de la mesa y, previendo todo lo que va á suceder una vez que los "Ironsides" invadan el castillo, se halla en un estado de gran excitación nerviosa, pues se interesa por la suerte del perseguido y piensa en las contestaciones que ella dará al oficial que dirigirá la investigación".

No sé que otro cuadro de los bautizados con el pomposo nombre de "cuadros de controversia" haya provocado más interés que el del pintor prerafaelista W. L. Windus, titulado "Demasiado tarde". Cuando se exhibió por primera vez hubo un cla-

mor general. ¿Qué significaba el cuadro? ¿Tratábase de madre é hija? ¿Adorador y dama objeto del cariño? ¿Marido y señora? ¿Era la niñita hija de alguno? ¿Queríase representar el regreso del hombre que volvía para pedir á la joven en matrimonio? ¿O era ella quien regresaba para casarse con él y lo encontraba ya casado con otra? ¿Por qué era demasiado tarde?

Por fin el autor, ó alguien en su nombre, dió á conocer su idea: "Una joven y hermosa dama estaba enferma en el último grado de tisis á consecuencia del desvío de su amante, quien, sintiéndose un día arrepentido, viene, guiado por una niñita, á pedirle perdón y tratar de reparar su yerro. Pero ya era "demasiado tarde".

Algo parecido ocurrió con "La carta interceptada", de Mr. Frith. Apenas la exhibió se convirtió en el blanco de las preguntas de los innumerables curiosos. Cualquiera hubiera creído que en este caso el "asunto" era bastante claro; y, no obstante, no lo era lo suficiente para dejar de originar un gran discrepancia de opiniones respecto á lo que pudiera ser el "caso".

Ocurriósele á alguien hacer una especie de resumen de la corriente de opiniones emitidas alrededor de la "cuestión del día". Vale la pena conocerlo:

Dramatis personae de la "Carta interceptada", por William Powell Frith. Esq. R. A.

LA MUJER

Esposa: Escribiendo á sus padres.

Novia: Escribiendo á otro hombre.

Enferma: Recibiendo la cuenta apremiante del médico.

Litigante honrada: Recibiendo la cuenta apremiante del abogado.

Hermana: Tratando de salvar á su hermano.

EL CABALLERO

Esposo: Escribiendo á sus padres.

Amante: Escribiendo á otra mujer.

Doctor: Tratando de obtener el pago apremiante de una cuenta.

Abogado: Exigiendo premiosamente el pago de una cuenta.

Hermano: Esforzándose por salvar á la hermana.

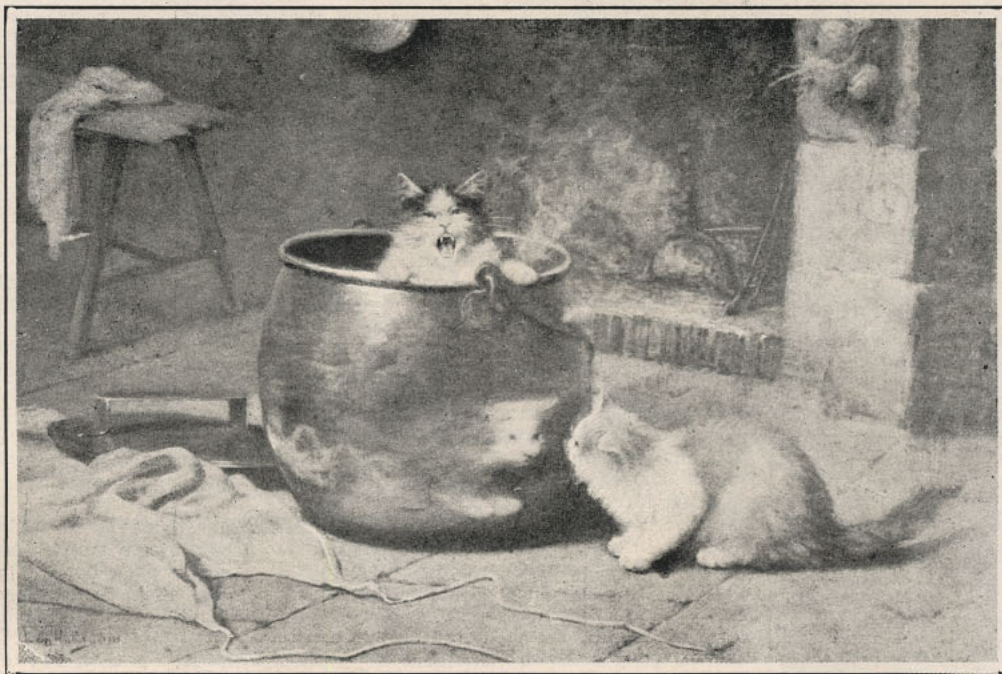
Y recordaremos, para terminar, el ruido causado por el cuadro "Defensora y Consejo", de Jeames, hace unos doce años. Tan general fué el interés que provocó el cuadro, que "The Graphic" lo compró y ofreció un premio á aquel de sus lectores que diera una interpretación más cercana á la original, designando árbitro del concurso al propio Jeames. Algunas de estas interpretaciones eran bastante curiosas y poco ingeniosas por cierto. Así, por ejemplo, no faltó quien creyera que la señora había cometido un crimen y se había traicionado durante el curso de la investigación! Muchos abogados tomaron cartas en la discusión suscitada y objetaron que la escena era imposible, pues el consejo no delibera en presencia de un cliente. A lo que Mr. Jeames contesta:

—"La escena que he tratado de pintar en mi cuadro "Defensora y Consejo" se desarrolla en uno de los gabinetes de consulta en donde clientes y consejo se reúnen cada cuando es necesario para ponerse de acuerdo respecto al rumbo que ha de darse á la causa. Mi propósito al pintar esta tela, continúa, fué poner de relieve la ansiedad del consejo por obtener de la defensora un dato del que dependía el éxito de la defensa y la decidida falta de voluntad de la señora en esclarecer el punto, pues con ello puede perjudicar á una persona amiga".

Y hemos llegado al fin. Resumiendo esta exposición de ideas, podemos observar que se destaca vigorosamente el principio sostenido por Mr. Collier:

—"El artista materializa una idea en un cuadro, guiado por su experiencia é imaginación pero las limitaciones propias de la pintura misma no le permiten á veces presentarla con una claridad matemática, justa, precisa, y de allí las discusiones y discrepancia de opiniones. Para obviar esta dificultad se impone un convenio tácito y recíproco entre el artista y el público. Este sería: por parte del público y en casos de perplejidad, imaginar la explicación más probable, menos compleja, más natural; por parte del autor agradecer indistintamente al público su interés artístico, sea cual fuere la teoría que ellos se hayan formado respecto á la tesis tratada en el cuadro".

HON. JOHN COLLIER



LOS GATOS EN LA COCINA.—L. Huber.

Los cuentos de Andersen



EN la lejana isla de Fionia, provincia de Dinamarca, nació hace justamente 103 años un pobre chiquitín.

Fueron su cuna las tablas de un antiguo catafalco, los cantos que arrullaron su infancia el golpe seco del martillo sobre la suela mojada y su alcoba la misera covacha de un remenón.

A la edad en que el regocijo bullicioso de la infancia agita su cascabel de plata dentro del corazón de los niños, este había empezado ya la brega, la dura y áspera contienda por la vida, y adolescente apenas comenzó a subir el agrio camino de la

gloria. Largos fueron los sufrimientos, la nevasca despiadada mordisqueó su piel á través de los harapos; sin lumbre, sin hogar alguna vez, tuvo hambre en medio de la indiferencia de una ciudad en que era un desconocido forastero, hasta que, tal como acontece en los cuentos de hadas, un príncipe caritativo y bueno le dispensó protección.

Pudo así consagrarse con bríos al estudio, robusteció después su intelecto viajando por Europa y el Oriente, dedicó á las letras su vida entera y conquistando á fuerza de genio la admiración nacional, vió en vida erguirse la estatua honrosa con que sus conciudadanos pagaban su indeferencia de antaño.

Como un nimbo rodeaban entonces su venerable cabeza cana, la admiración y el cariño de todo el pueblo, el monarca le hacía comendador de la Orden Real de Danebreg, los artistas habían cesado de considerarlo como un tema de controversia y los niños adoraban en Juan Cristian Andersen al abuelo de todos, al querido abuelo de cuyos labios fluye la leyenda que rodea de encantos la bendita infancia.

La obra de Andersen abarca todos los géneros y todas las tendencias, y en ella se reflejan con claridad, á más de su temperamento sensible, las influencias literarias y las del medio en que se desarrolló su intelectualidad.

Avanzando hacia el norte de Europa, vecina á la tierra de los fiords y bañada por el Báltico, Dinamarca, á causa principalmente de su idioma regional reducido á un área pequeñísima, aparece alejada de los grandes centros latinos de producción artística, y es en éstos casi desconocida. Su rica literatura, en que sobresale por su fecundidad la dramática, no ha llegado á los teatros de París, ni las endechas y baladas han atravesado Alemania para arribar á las clásicas tierras de Petrarca y Calderón.

Amantes fervorosos de la naturaleza los poetas norsos han ido á buscar en ella su inspiración, pero sintiéndola y comprendiéndola de modo completamente opuesto á los meridionales.

Pausada, sutil, cautelosamente cubren las brumas la naturaleza toda, arrebujan con blancos cenadales los pinos saludables y estienden su vaporosa nube por el país entero; las plantas, los animales y las cosas circundados por esa luz difusa se balancean, se

extienden, se doblan como si ellos también viviesen una febril existencia propia y al abrigo de las discretas nieblas se contaron cosas extrañas y fantásticas.

Y esta apariencia que se impone á los hombres hace que las formas del mundo exterior valgan para los poetas del Norte sólo como una impresión subjetiva. En cambio los meridionales, que nos debatimos en una atmósfera transparente y cálida, no sabremos nunca comprender con la misma intensidad el alma desconocida de las cosas y sus fuerzas ignotas que obran sobre nosotros, pero que nuestra inteligencia finita no ha podido descubrir aún; ebrios de luz y colores nos sentimos cogidos por la impresión objetiva, retinal, de los tonos que esplenden bajo el sol radioso, de la línea que se destaca en el horizonte puro, del movimiento que bulle por doquiera.

Desarrollando ampliamente su personalidad étnica é individual, los artistas del septentrion han logrado transcribir la naturaleza como la sienten, y la existencia como un producto evolutivo natural, susceptible de constante perfección.

Esas características raciales se notan más sensibles en los escritos de Holberg y Oelenschlager que imprimieron á su vez honda huella en el espíritu de Andersen. El primero, el Plauto de Dinamarca, como se le ha llamado, ha contribuido á incrementar quizás el espíritu de fina y bondadosa ironía que se advierte en la obra anderseniana. Oelenschlager, el padre del teatro moderno dinamarqués, le enseñó á su turno los secretos de una técnica sagaz que Andersen ha transportado después á sus producciones. Más, su espíritu ecléctico, aprovechó también de los extranjeros, en especial de Shakespeare, á quien consideraba como un dios, influjo que se ve de manifiesto en el majestuoso realce de algunos de sus personajes. Por último, no debemos olvidar que el primer libro en que abrevó su musa y reconoció su genio fué el palacio feérico de "Las mil y una noches".

Como hemos dicho, innumerables son sus obras, entre las cuales descuellan por su número las piezas para el teatro hacia el cual se sentía irresistiblemente atraído.

Abundan también las colecciones de poesías y las relaciones fantásticas; pero su obra característica, aquella en alas de la cual su nombre ha llegado donde quiera que sueñe la infancia ó que relate la senectud consejos al amor de la lumbre, son sus admirables cuentos escritos para el eterno niño humano.

En ellos, la vasta personalidad de Andersen encontró un horizonte á medida de sus gigantescas aptitudes; sus cuentos fueron los que abrieron brecha en el cerrado círculo de los escritores latinos, construyeron á éstos á observar el renacimiento del arte escandinavo que con Andersen empezó á filtrarse en el occidente europeo.

Los tiene en todas las formas y en todas las tendencias: éstos son narrativos episódicos sin una trama concluida, el relato de una aventura es aquí el pretexto para bordar la red de incidentes mil, aquellos humorísticos; los más tendenciosos, otros poéticos como una puesta de sol, bellos, incomparablemente bellos, de altísima y original inspiración: tales "La Virgen de los Ventisqueros" y "La historia de Valdemar Daae, contada por el viento". Algunos son intensos y trágicos como un drama shakespeareano así: "La historia de una madre". No se excluyen los visiblemente filosóficos, siendo éstos los mejores y más hondos, reveladores de un alma ferviente y buena que cree en un más allá mejor y en la bondad infinita de Dios.

"El lino", "El patito feo" y "Hacia la luz" figuran en mi sentir entre los más trascendentales de cuantos escribiera.

El primero es la historia de las sucesivas transformaciones de esta útil y bella planta: flor, hienzo que utilizan los hombres, papel que transporta la verdad, llamas y humo que vuelven al éter de donde nació... hermoso símbolo que nos obliga á reconocer la consoladora eternidad de la materia.

Tras la sencilla "Historia del patito feo" se oculta la vida del autor y de tantos otros genios desconocidos y vejados por los suyos, y que sólo en medio de extraños encuentran los honores y el aprecio que merecen.

"Hacia la luz" es el poema que canta el impulso á lo bello, que anida en el alma de los humildes.

"Vivía en un pozo muy hondo y muy oscuro una familia de sapos. Sin aspirar á otra cosa vegetaron felices, creyendo que el universo entero se reducía á la caverna en que nacieran. Todos nó, porque un sapo joven que oyó alguna vez la conversación de sus primas, las ranas, pudo vislumbrar que fuera del hoyo había algo más, que otros animales vagaban allende los bordes.

Por otra parte, es bien sabido que en la repugnante cabeza de los sapos, se encuentra á veces una piedra preciosa. Nuestro héroe estaba cierto de no poseerla, pero sintiendo en su alma bullir las ansias de conocer el mundo, resolvió emprender su ascensión á lo alto, atraído por la luz que se divisaba arriba. Trepado en un balde llegó hasta la superficie de la tierra que fué por entonces su puerto de desembarque; pero allí comprendió que mucho trecho le restaba aún, pues la tierra entera se le antojó solamente un pozo mucho más grande y mucho más hondo, por encima de cuyo brocal brillaba siempre el cielo. Al mirar al sol en su diaria ascensión al cenit luminoso, suponía que era el astro el cubo único para subir á la luz eterna, al mundo verdadero, y en la tarde cuando lo veía derrumbarse en el horizonte, juzgaba con razón que andando y andando hacia adelante siempre, podría llegar hasta él é inundarse en su fecunda luz.

Fué así como cruzó el mundo conociendo á su paso el egoísmo de las orugas, el insolente sentido práctico de las gallinas, los

gratos perfumes de los lirios, el vuelo gracioso de las mariposas y la infinita hermosura de la naturaleza toda.

—Dichoso yo, se repetía el sapo, yo que siento eternas aspiraciones hacia lo bueno y lo bello; sin ellas me habría encenagado en el fondo de un pozo oscuro. Cuánto mejor no es esto que tener la piedra preciosa.

Mientras así discurría parloteaba una cigüeña en lo alto de un tejado, enseñando á sus pequeñuelos el habla copta y los portentosos encantos del valle del Nilo calcinado por el sol.

¡Felices aves que podían arribar hasta allí! ¿Por qué no se apiadarían de él para llevarlo más cerca del sol?

Ella lo divisa desde lo alto y bajando impetuosa le coje en el pico.

¡Qué felicidad! la cigüeña lo llevaría á Egipto... Sus ojos chispeaban de alegría.

El ave hermosa estrechó las mandíbulas y el pobre sapo moría estrujado, es decir, tan sólo el cuerpo quedaba sin vida. ¿Y el fuego de sus ojos? ¿Qué había sido del fuego de sus ojos? Un rayo de sol acababa de absorberlo llevándose al mismo tiempo la piedra preciosa. ¿A dónde? No lo preguntes al naturalista, pregúntaselo al poeta; éste, sólo capa de un cuento, te enterará de lo que deseas saber. Te dirá que la cigüeña va y viene desde los países del Norte del Africa por el camino más corto, sin compás, sin mapa, ni brújula. Todo eso parece extraordinario, increíble, y no obstante nada más cierto; pregúntaselo al naturalista si es que tú mismo no has podido observarlo.

Pero, ¿y la piedra preciosa del sapo?

Búscala en el sol, ve si puedes columbrarla. De fijo no podrás; la luz del astro rutilante es demasiado viva y no poseemos aún los ojos que son menester para reconocerla en medio de las maravillas que Dios ha creado; pero un día los tendremos y entonces se podrá escribir el cuento más bello, es decir no será cuento sino verdad y en él figuraremos todos".

¿Cómo se revela el dulce misticismo anderseniano! La inteligencia del hombre, aunque de origen divino, está aprisionada por nuestros sentidos finitos los cuales no pueden percibir la grandeza infinita del Creador. Pero llegará el día en que libres de la miserable envoltura, los espíritus tornen á Dios y plenos de gracia puedan comprender lo que el Cosmos oculta á los ojos terrenales.

El genio de Andersen, aplicando á los hombres de su tiempo la antigua metempsicosis, los encarna en los seres á quienes su certero juicio sobre el mundo les señala como hermanos y tras las frases gentiles y candidas la amarga verdad se trasluce á los ojos del lector consciente. Se transforma así en humorista, pero su ironía fina y bondadosa, lejos de burlarse de la ilusión y del ideal, los exalta como una flor necesaria á la existencia.

Sólo desprecia á los prácticos, á los insensibles á la belleza y á la bondad.

Son los cuentos de Andersen como un lago tras cuya superficie cristalina y pura se percibiesen allá en el fondo perlas riquísimas de Oriente incomparable. La belleza soberana impera en todos ellos inundándolos de un ceño de luz tan viva, que los espíritus más refractarios á la estética pueden sentirlos y apreciarlos en su completa intensidad.

El estilo es sencillo tal si fuese modulado por labios infantiles. Hablan los animales y las cosas en el lenguaje que llamaríamos corriente si pudiéramos comprenderlo; hablan y la simbólica psicología que les anima, aparece á nuestra mente con sus rasgos naturales y del todo realistas. Cuentan sus aventuras y emiten sus opiniones, si son patas portuguesas con la suficiencia de un aristócrata, si ratitas pequeñas y contemplativas, con el melancólico dejo de una damisela romántica y, si risueños, con la alegría de un poeta que, sintiendo en su cerebro relampaguear la idea, escribe y canta á la sublime libertad y al amor omnipotente.

Ha cultivado en su estilo la onomatopeya, porque es profundo conocedor del alma infantil y sabe cuánto agrada á los chicleños imitar las voces, los ruidos, los murmullos... Consiguio tales prodigios que sus cuentos, aún traducidos á idiomas extranjeros, y perdiendo así la mayor parte de su encanto, producen la ilusión deseada.

Enamorado de la naturaleza seguramente en su contacto estrecho, debió coger las mil voces que conciertan en ella. A fuerza de talentosa paciencia pudo apreciar y reproducir el acorde justo, el sonido articulado preciso, en que los animales manifiestan su

alma. Como una notita que anuncia el tema el "cuac cuac" de las ranas, el "pip pip" de los patitos precede á la frase dicha por ellos, dándoles de esta manera un sabor pintoresco y original. En "La Historia de Valdemar Daae, contada por el viento", la onomatopeya consiguió, en el autor danés, su más alto grado de perfección, cada vocablo es un sonido imitativo y cada concepto un rasgo del viento del norte perfectamente caracterizado.

Y para hacer sus narraciones más gentiles y bellas hace estenso uso de los símiles graciosos, de los diálogos fáciles, de los pequeños detalles que no son sino un ornamento más en la hermosa arquitectura de la obra, de los incidentes minúsculos que, sin enriquecer el desarrollo del tema, sirven para hacerlo más humano y tierno, tienen tal amable dulcedumbre sus giros, que al leerlos no se ve en Andersen al hombre curtido por las malandanzas de la vida, sino que creemos que, como Froebel, "sentía renacer en él al niño de la infancia".

Del inagotable venero de su fantasía fluyeron los temas brillantes y múltiples, como van apareciendo una tras otras las estrellas que constelan un cielo de verano.

Muchos habrían sido baladifes, sin el realce de su talento; el cotidiano existir informa varios, las escenas más vulgares de la naturaleza, las poéticas leyendas norses y el "folk-lore" de los países amigos inspiraron las relaciones suyas que pueden contarse entre las más bellas como obra de poesía y de arte, é invenciones fantásticas, completamente originales y extrañas, constituyen el núcleo de las exquisitas filigranas que forman algunos cuentos y novelas cortas.

Parece que cada sér, cada sentir, cada movimiento y cada deseo tuviese en su corazón un eco que respondiera á ellos. Arpa cólica de gama infinita, su alma, que acrisolaron el dolor y la miseria, se levanta hasta la altura de la augusta serenidad para juzgar desde ella á los hombres y las cosas. Nos hace amable la naturaleza hasta en sus más insignificantes revelaciones, nos enseña que nada hay en el mundo que no sea un motivo poético, ni nada en la vida que no vaya encaminado á una evolución mejor; que entre tantas maravillas y tantas bondades debemos olvidar nuestros efímeros dolores, para entonar también nuestra férvida acción de gracias en el concierto de alegría que alza la creación entera.

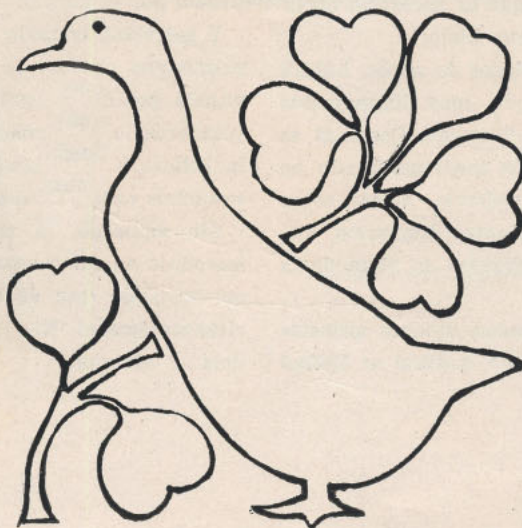
Así lo siente el poeta, viendo en el mundo exterior sólo el reflejo de su propio espíritu místico y optimista á la vez, pues á pesar de la forma objetiva de sus narraciones, el subjetivismo particularísimo del autor se trasluce con claridad. Es indudable que Ibsen, Meterlink y los subjetivistas contemporáneos que buscan tras las formas materiales el espíritu y las fuerzas de las cosas, han reforzado su inspiración en la poesía y en la prosa de Andersen, pues ha sido éste uno de los pocos y raros genios que ha podido armonizar las exigencias realistas del arte moderno con los ideales de una vida ultra terrestre ó ultra material, que apreciando en su justo valor la vida humana, espera y confía, sin embargo, en los goces que le deparará una Jerusalén celeste donde debe confundirse con el alma-Dios.

De esta filosofía bondadosa, expuesta con tanta candidez y tan purísima fé, dimana la honda transcendencia de sus cuentos sencillos, pero sublimes. No vierten ninguna teoría nueva, no exigen ningún esfuerzo de comprensión tampoco, pero despiertan en nosotros sentimientos generosos cuya existencia ignorábamos.

Por último, Andersen ha extraído de la humanidad los rasgos característicos y genericos de todos los tiempos y de todos los países, imprimiendo así en su obra el timbre imperecedero del genio. Su producción ha dejado de ser regional y transitoria, para convertirse en universal y eterna. Y modesto como todos los grandes, siendo más que un poeta un filósofo, quiso dar sus transcendentales lecciones en la más humilde de las formas: un cuento infantil.

Es decir, Andersen reconoció que el hombre que coloque al niño en el centro de nuestros esfuerzos, de nuestras aspiraciones y de nuestros recursos, verificará en la historia del mundo una revolución mayor que la realizada por Copérnico descubriendo el sistema helio-céntrico; porque el niño es lazo que une el pasado al porvenir, la mejor posibilidad que éste nos ofrece para que nuestra labor no pertenezca sólo á un presente transitorio y efímero sino que subsista en el futuro, al cual debemos imprimir nuestro bello ideal de justicia, de trabajo y de amor.

AMANDA LABARCA HUBERTSON





La casa de la señorita Mariposa

UNA mariposilla, toda mudanzas de voluntad, toda caprichos, que más variedad de ellos tenía que de matices sus alitas, quiso poner casa.

—Sí, señor, se dijo, no me tienen á mí por persona formal y de arreglo, y piensan sólo en que soy muy volandera y pizpireta, y puede que se engañen. Lo primerito que voy á hacer es buscar un sitio que no esté muy lejos de las flores; luego compraré muebles y cachivaches, y al fin iré á ofrecer mi casita á mis amigos.

El Señor hace en el mundo los más curiosos contrastes: en tanto que la mariposa inquieta, revoloteando por cima de las rosas, hacía sus propósitos, al pie del rosal se arrastraba un pardo untuoso caracolillo con su casa á cuestas, y al ver á la mariposilla, alargó los cuernecillos como se alarga un anteojo astronómico y se dijo:

—¡Qué feliz, qué ligera, qué hermosa y libre de cuidados es aquella locuela, sin casa ni hogar que pesen sobre sus espaldas!

Y el casero prosiguió su mesurada marcha llevando sobre sí su finca, como todos los ricos avaros sus riquezas.

—Pondré mi casa, y nadie me vendrá á mí con que sí la abeja, si la hormiga, la araña y el caracol, son gentes laboriosas, ordenadas y prácticas, esto es, dotados de sentido práctico. Se puede vivir en sociedad, vestir las galas que yo visto, aventajar en belleza á las flores y en la danza á las libélulas, y ser muchacha de orden; esto no le puede entender la gente esa de la tierra, el bajo pueblo de gusanillos y hormigas.

El caso era que la casa de la señorita tenía que ser un palacio, ó por lo menos como un camarín de un palacio. No podía estar en la tierra, porque el polvo y el lodo mancharían la preciosa vestidura, y porque los malvados grillotalpas, con su chillido estridente, la aturdirían, y otros malvados insectos podrían devorarla... No podía estar en lo alto de los árboles, porque los pájaros voraces, en un abrir y cerrar el pico, se engullen á una mariposa y se quedan tan frescos.

—Buscaré una flor desalquilada, blanda, llena de perfume, de tallo firme, para que el viento no la doble, pero flexible, para que la brisa la mueva en placentero vaivén. Ea, recorramos esta calle de rosas.

¡Cómo estaba el jardín aquella mañana! ¿Qué sucesos importantes habían ocurrido en él? Estos son puntos que es necesario declarar para comprender bien el sentido de esta historia.

Ante todo, la guardia de la noche, los dondiegos de noche, habían sido revelados por los dondiegos de día, que, muy lozanamente abiertos, cumplían con sus ordenanzas caballerescas. Como si se hubieran pasado la noche en un baile y á la madrugada aún no se hubieran despojado de sus aderezos de pedrería, veíase sobre casi todas las flores un profuso lujo de brillantes diminutos, diáfanos como lo que eran, gotitas de rocío y franjas de plata de la escarcha.

Como brazos y manos amorosamente enlazados, muchos arbustos tenían enlazadas sus ramas; al soplo del fresco matinal se habían saludado gravemente los grandes árboles.

Había gran murmullo y alboroto entre las abejas y las avispa, gente plazolera y vulgar que va de flor en flor, como de tienda en tienda, á hacer sus compras, y bullangueaba monótonamente el populacho de los moscardones.

Lo de todos los días: el mundo rueda, repitiendo siempre el mismo seguido movimiento; la vida no es más que la rutinaria sucesión de los hechos; esto es, sin duda, lo que produce la inquietud y la desesperación de las mariposas; y no bien se supo entre aquella población del jardín cuál era el propósito de la mariposilla, cuando éste fué el tema de todas las conversaciones.

—¡Buena es ella para hacerse monja! ¡piaban burlescamente los pájaros.

—No le durará mucho el deseo, pensaban las arañas, símbolo de la astucia y de la constancia.

La bella mariposilla ni atendía ni le importaban los juicios de sus enemigos ó de sus envidiosos.

—He dicho que pongo casa, y lo hago. ¡Bonita soy yo para volverme atrás luego de haber tomado una resolución! Ahora se verá si soy ó no soy activa y diligente.

Y hermoseedada por la luz, que le daba luminosos reflejos, y llevando en sus lindas alas, como las almas de los artistas, la copia fiel de lo bello de la naturaleza, luz del sol, color de las flores... volaba cual si por alas hubiera tenido dos llamas y por espíritu el pensamiento de un poeta.

Pasó recorriendo todas las rosas: una era excesivamente grande, otra estrecha; aquella guardaba una avispa, esa otra una tribu de pulgones; los jacintos se marchitarían pronto, los lirios aletargaban con la pujanza de su perfume... los pensamientos están demasiado bajos, las dalias demasiado altas, las magnolias tienen duras las corolas... No hallaba lugar á propósito para hacer su casa la mariposilla.

Voló de calle en calle, luego de jardín en jardín, de campo en campo, hasta que al anochecer vió brillar una estrella... y una loca alegría la encendió el deseo. Allí iría, á aquel hermoso lugar de luz. Tras de la estrella brilló otra y otra, y al fin el cielo se pobló de maravillosos puntos de luz en medio de la noche... y desatenta, ebria, ardiendo en deseo, voló de aquí para allá, arrebatada por el delirio.

Y así vivió, trémula de asombro, á merced de grande é insensato pasmo que produce la belleza del mundo y de los cielos. Vagaba, vagaba por danza continua, abrazándose en ese amor de las almas voladoras... que mueren al fin, perdiéndose en la inmensidad de la belleza... que jamás llegan á entrever los oscuros caracoles, envueltos en su babosa coquicia y con la casa á cuestas.

Sin embargo, la mariposilla se transformó, se hizo idea, se introdujo en mi cerebro... y me ha comunicado su afán. Heme á mí buscando casa de estrella en estrella, ¡como tantos otros espíritus-mariposas! No haremos casa... pero, ¡qué diablos! buscándola... vivimos.

JOSE ZAHONERO



MUSEO DEL LOUVRE.—MME. RECAMIER, por David.

EL año 1909 fué el aniversario de varios músicos famosos: de Händel, Haydn y Mendelssohn. Algunas revistas extranjeras celebraron también el aniversario del inmortal Chopin; pero, según datos fidedignos recién publicados, este compositor nació el 22 de Febrero de 1810. Por eso me permito dedicar unas cuantas líneas

á la memoria de este pianista genial, apoyándome en un artículo escrito por A. Wellmer, Berlín.

La cuna de Chopin es Zelazowa-Wola, solitaria aldea polaca situada á seis millas de Warschau (Polonia). A pesar de este apartamiento, la excepcional organización musical de Chopin prorrumpió muy temprano. Muy niño todavía, lloraba al oír música y era difícil tranquilizarlo. Más tarde, su personalidad de artista pasó muy lejos las fronteras de la Polonia; pues él, como su gran contemporáneo Liszt, se hizo artista internacional de permanente importancia, artista que, en su especialidad, no ha sido superado por nadie. Aún más, su estilo de piano tan peculiar, adoptado y propagado por maestros como Liszt y Schumann, no necesitó más cultivo: era perfecto. No era un estilo estereotípico ó monótono, sino libre de toda afectación, rico y universal.

El padre de Chopin, profesor de la Escuela de Ingeniería y Arquitectura en Warschau, era francés, oriundo de Nancy, y la madre polaca. Así es que dos nacionalidades se reunieron en Federico, que, á la edad de nueve años, fascinaba á medio mundo con su toque de piano. Si su genio desenfrenado no hubiera sido profundizado por la música alemana, Chopin nunca habría sido el compositor internacional, como lo es en realidad. No es de poca importancia que su primer maestro, el bohemio Zwiny, le diera como estudios diarios el "Piano bien temperado" de J. S. Bach. Y es muy significativo que Chopin, durante toda su vida, volviera á estudiar las obras de Bach. Una vez le preguntaron á Chopin qué era lo que tocaba antes de dar un concierto, y el ya muy famoso pianista contestó:

—La mejor preparación para mis conciertos son las obras de Bach, y otra vez Bach.

De más importancia para Chopin fué la enseñanza que recibió donde J. Elsner, director del Conservatorio de Música de Warschau. Bajo los auspicios de éste, Chopin terminó sus estudios de contrapunto y composición. Elsner fué el primero que descubrió el gran talento de Chopin. Cuando Chopin, de vez en cuando, rompía las reglas de contrapunto y algunos maestros de observancia estricta le criticaron, Elsner les dijo en tono benévolo:

—Dejadlo en paz: su genio le señala caminos extraordinarios; él manifestará en sus obras una originalidad que en tal grado, hasta ahora, no se ha encontrado en nadie.

Cuando más tarde, en París, el ya entonces célebre pianista (que en Viena y Munich había concertado con éxito enorme) trató de asistir á un curso de piano donde el famoso Kalkbrenner, Chopin estuvo convencido de que el notable profesor parisiense no le podría quitar su originalidad. Kalkbrenner era de la escuela antigua, Chopin de la moderna; el primero un virtuoso de mucho mecanismo, el otro un artista del más poético subjetivismo. No pudo Chopin entregarse á una tradición entorpecida en puras fórmulas. Por eso á su exprofesor Elsner le escribió:

"Es claro que nunca seré yo una copia de Kalkbrenner; él no será capaz de dominar mi voluntad, mis intenciones, tal vez audaces, pero nobles: de crear una nueva era del arte".

En 1827, Chopin rindió sus exámenes en el Liceo de Warschau. En 1828, se fué á Berlín, no para dar conciertos, sino para recibir grandes impresiones é impulsos en las audiciones de la "Academia de Canto" y en la "Opera Real". Chopin vió personalmente las grandezas musicales, tales como Spontini, Zelter y Mendelssohn; pero fué demasiado modesto para presentarse á ellos. La primera vez que tocó fuera de su patria fué en Viena, en 1829. Especialmente despertó el entusiasmo del público por sus improvisaciones sobre melodías y bailes polacos. Parecía Chopin un fenómeno en el cielo musical, lo mismo que Mendelssohn,



(nacido pocos meses antes que Chopin). Como contraste de Chopin, Mendelssohn era una naturaleza meramente armónica. Chopin fué un meteoro esplendente que, por desgracia, se extinguió demasiado temprano (dos años después de Mendelssohn); pero, como genio original, brilla hoy todavía. Su espíritu inimitable se co-

noce en todas sus obras; pero no se encuentran repeticiones ó semejanzas ni en los estudios (op. 10 y 25), ni en las baladas, ni en los "scherzos", nocturnos ó valeses: todo es original. Chopin es el creador de un estilo de piano enteramente nuevo, de un género siempre original. En sus polonesas y mazurcas habla el alma de su nación: ahí se conoce al polaco. Precisamente estas obras han despertado simpatías por la desgraciada Polonia. El historiador Kothe dice:

"Chopin interpreta en sus composiciones la historia de su patria".

"Polonia, así lo caracteriza el poeta Heine, le dió su sentido caballeroso y su dolor histórico, Francia su gracia y amenidad, Alemania su melancolía romántica".

En la residencia francesa se admiraba mucho al genial pianista, y hombres generosos como Liszt, Berlioz y Meyerbeer lo protegieron; pero el aprecio que verdaderamente le correspondía lo recibió justamente en Alemania. El ya citado Heine reconoció en Chopin al verdadero poeta del piano. Desde París escribió en 1841: "Al lado de Liszt desaparecen todos los pianistas, con excepción de uno solo: Chopin, el Rafael del piano". Comparándolo con el pianista Thalberg (rival de Liszt durante algún tiempo), dice el mismo Heine: "Hay solamente uno que se podría preferir á Thalberg, este es Chopin, el cual es mucho más compositor que artista. Oyendo á Chopin yo olvido totalmente la maestría del pianista y me hundo en los dulces abismos de su música, en la dolorosa dulzura de sus creaciones, tan profundas como tiernas".

¡Y con qué entusiasmo trabajó Schumann en favor de Chopin! En las variaciones sobre "Don Juan", Schumann reconoció en el acto al genio nuevo. En la revista musical que redactaba en Leipzig presentó á Chopin como "un gran genio". Sus estudios (op. 10 y 25) los criticó así:

"¡Para qué tantas palabras descriptivas! Todos los estudios son signos de una fuerza creadora muy rara; son verdaderos poemas que, en detalle, no estarán sin defectillos, pero, en general, son poderosos y conmovedores".

Interesante es también una declaración de Mendelssohn, después de haber conocido personalmente á Chopin (en Leipzig):

"Me es grato estar junto con un verdadero músico, con uno cuya escuela es marcadamente propia. Y aunque sea muy distinta de la mía, yo me puedo ajustar lo más bien á ella".

Chopin escribió, fuera de sus numerosas composiciones para piano solo, dos conciertos (mi menor y fa menor) para piano y orquesta, un dúo concertante para piano y violoncelo, polonesas para piano con orquesta y unas cuantas canciones polacas.

La vida de este genial músico fué muy corta. Ya en 1837 aparecieron los primeros síntomas de una enfermedad al pecho y los pulmones. En 1838 lo acompañó la célebre escritora y poetiza George Sand (Aurora Dudevant) en Mallorca; la estadía en esta isla lo alivió sólo por algún tiempo. Liszt opinaba:

"Por la íntima amistad con la Sand, Chopin fué separado demasiado temprano del mundo, de su patria y del arte".

Al año siguiente, la Sand abandonó á Chopin. Este, á pesar de su delicada salud, dió todavía varios conciertos en Inglaterra y Escocia. Vuelto á París, murió en 1849.

Según los propios deseos de Chopin, en las honras fúnebres se ejecutó el famoso "Requiem" por Mozart. En los funerales se tocó la célebre marcha fúnebre del extinto. Sus restos yacen entre las tumbas de Cherubini y Bellini.

En 1894, la Polonia le erigió un monumento en la misma aldea donde había nacido su famoso hijo.

Prof. EDMUNDO GEORGI



William Jennings Bryan

El ilustre político norteamericano que ha sido nuestro huésped de honor, encarna, en nuestro sentir, el tipo genuino é indiscutible de la "personalidad múltiple" de pensamiento Carlyliano. Político eminente, tribuno de verba avasalladora y potente, periodista y literato, Mr. William Bryan aparece como una de las personalidades más vigorosas de nuestros tiempos. Una ligera ojeada á su vida pública, vasta é intensa, nos daría la clave de una organización férrea y de un carácter definido é inqueorantable, poderoso en la acción, invencible en la tenacidad del ideal.

Hay nombres cuya sola enunciación nos dice de luchas intensas, nos evocan el recuerdo de leyendas extraordinarias ó nos vuelven á los acontecimientos fastuosos y memorables. Cuando se les ha pronunciado, nos sentimos impelidos á admirarles y ver en ellos el signo de gracia y poder del hombre superior, destellando sobre la equidad entristecedora del "gross public", desdeñado por los filósofos y odiado de los poetas; y pensamos, abstraídos en el misterio de luz y poder que les envuelve, en la poderosa energía que á la Naturaleza fué preciso concentrar pura, de generación en generación, elevar sobre la común equidad un tal tipo de humanidad superior y potencial. Uno de tales es el nombre de Bryan. Al pronunciarle conducimos el pensamiento hacia el prodigioso progreso y mucho desarrollo de la más grande de las repúblicas modernas, parecénos escuchar el estruendo de las fábricas infatigables que hacen de colmenas humanas; asistimos á la lucha desmesurada del obrero y el truts, advertimos el empeño loco de la caza del oro y en el calidoscopio fantástico de la gran nación, tal vez que veamos también las figuras membrudas y altivas de conquistadores civilizados con el signo de un pensamiento obscuro en las frentes amplias desempe-

ñando el rol de pacifistas... Todo eso grande y casi quimérico que la Gran República ofrece á la admiración universal.

Exponer la personalidad de Mr. Bryan sería labor imposible de realizar en el reducido espacio de una página de revista. Escribimos esto á manera de una nota marginal, con el propósito sintético de



diseñar á grandes rasgos sus diversas facetas que solamente en un estudio amplio enmarcaría una vida de tal intensidad, amplia de pensamiento y exuberante de acción.

Fué en Salem, centro floreciente del Estado de Illinois, donde nació, por el año 1860, el ilustre político de que nos ocupamos. Cursó sus primeros estudios en el College Illinois de su ciudad natal. Es con su salida de este establecimiento que comienza la primera etapa de su vida pública. El joven estudiante se dispone á abandonar las aulas, pero quiere antes de dar su despedida á sus compañeros de estudio, arrojar en su conciencia la simiente de un pensamiento;

es así que pronuncia, ante la admiración de sus discípulos y el orgullo de sus profesores, su primer discurso. Se dirige á ellos con la tristeza de quien ve la inminencia de un adiós, tal vez el último, y en su oración hace girar su pensamiento alrededor del *carácter* que define como la entidad, la individualidad de la persona, brillando por cada rendija del alma, ya sea como un rayo de pureza ó como un nublado rayo que traiciona la impureza que se lleva dentro; la lucha entre la luz y la obscuridad; del bien y del mal persistente durante toda nuestra vida, día por día, hora por hora, momento por momento se va formando nuestro carácter y este es el más importante problema que se nos presenta con líneas cada vez más borrosas á medida que caminamos de la cuna al sepulcro. Precisa á nuestra vida la formación del carácter. El talento, el genio especial pueden ser dón de la Naturaleza, la posición social del nacimiento, el respeto puede compararse con el dinero, pero ninguno de ellos ni todos juntos dan un carácter. Este es un lento, pero seguro conocimiento al cual cada pensamiento y acción prestan ayuda. Formar el carácter es abrir surcos por los que han de correr los móviles de nuestra vida; es adoptar principios, que han de ser la medida de nuestras acciones, el criterio de nuestros hechos.

Fué la revelación del orador jugoso y vibrante que el discurrir del tiempo habría de seducir las multitudes democráticas de su patria y al rededor de es sabio principio había de desarrollarse su personalidad, dándonos la clave de su meritisima carrera política en la que desonella, por sobre las virtudes primarias que la enaltecen, la del carácter.

La Universidad de Chicago le confiere el título de abogado de la Unión pocos años después. Va hacia los Tribunales lleno de fe y entusiasmo, abraza causas complicadas y graves y una serie no interrumpida de triunfos le conquistan el renombre de figura conspicua del foro.

Es el momento del pleno desarrollo de su personalidad. No se detiene en sus éxitos de abogado, y con decisión de apóstol va hacia la actividad del periodismo. Funda y dirige el "Woll Herald", desde cuyas columnas diseña á sus compatriotas su figura política. El problema económico de la república atrae su atención; le plantea y analiza en diarios y revistas, y entre la divergencia de los economistas de esos días, se declara partidario de la libre acuñación monetaria preconizando el sistema bimetalista. Sus opiniones son discutidas, pasan del simple dominio público á las esferas oficiales y sobre la base de ese sistema enuncia el plan de un sabio y complicado programa administrativo.

No se detiene allí su actividad. Descubre en los hombres del Gobierno la tendencia á una política imperialista; abre campaña contra el afán de absorción americana y su protesta cálida y enérgica vibra con acentos de reproche más allá de las fronteras de su patria. Los pueblos débiles de América, avisados por los sucesos de Panamá, asumen actitud de desconfianza ante el imperialismo del coloso cuya política se define claramente. Mr. Bryan mide en toda su extensión el alcance de los propósitos de esa doctrina. Considera el problema comercial que apareja y en artículos y discursos declara valerosamente que ella no armoniza con la justicia y el derecho de los débiles; señala al pueblo americano el error y le excita á apartarse de la tendencia de conquista enseñoreada en la mente de los gobernantes de la Casa Blanca.

La dictadura de los trust vé aparecer en él, de improviso, un enemigo formidable. Combate desde la tribuna y la prensa, las colosales asociaciones industriales que en pocas líneas llevan la ruina á las pequeñas industrias y establecen el monopolio económico en beneficio de una dinastía de la riqueza; su palabra les fustiga con tenacidad inquebrantable y señala con clarividencia pasmosa las consecuencias fatales que al porvenir económico de la república reportarán los trust.

Enorme y sólido prestigio rodea su nombre. En torno suyo se agrupa una considerable porción del pueblo americano que le proclama su director político.

En 1896 la convención del partido demócrata le cuenta entre sus más preclaros miembros. Impuesto á la consideración de sus conciudadanos, preconizado político trascendental y profundo, el partido demócrata le proclama candidato á la primera magistratura del

país en oposición al malogrado Mac-Kinley. La lucha electoral se inicia con actividad sin precedentes. Las multitudes demócratas siguen con entusiasmo al candidato que avasalla con el poder irresistible de su elocuencia, más, la fortuna no le fué propicia y hubo de presenciar la victoria de su adversario.

Retempladas sus fuerzas vuelve á la arena política lanzando por segunda vez su candidatura á la Presidencia de la República. El número de sus filas ha aumentado considerablemente. La campaña en su favor extiende ramificaciones hacia todos los centros del país y halla eco cariñoso en el continente. El tesón con que ha combatido el monopolio industrial y económico y fustigado las tendencias ya más definidas de imperialismo de la mayoría de los políticos de su patria, le rodean de celebridad universal. Pero el éxito le es nuevamente adverso y tras de una lucha acaso la más intensa que registren los anales de los últimos tiempos de la república del Norte, el solio de Washington y Franklin es ocupado por su contrario Roosevelt.

En ningún momento de su vida pública se dibuja más brillante y noble su poderoso espíritu. El que acaba de ser vencido, es el primero en felicitar á su adversario triunfante, declarándole que se somete á los acontecimientos y que no obstruirá su Gobierno dejándole en plena libertad de acción.

La tristeza no se apodera de su alma y la victoria de sus contrarios no debilita su energía ni detiene su actividad. Valerosamente se dirige á sus partidarios y los excita á continuar con fe inquebrantable en la persecución de su ideal y á trabajar por el desarrollo y difusión de las doctrinas democráticas. Abandona su patria con rumbo hacia Europa, Asia y Africa, cuyas instituciones y diversas civilizaciones estudia y profundiza, y fortalecido su cerebro, torna á la República con mayores energías.

A su regreso se presenta á la lucha electoral de 1908, que por tercera vez había de serle impropicia, llevando al poder á Mr. Taft.

* *

Al par del político meritisimo, del tribuno avasallador, del periodista tenaz, palpita en Mr. Bryan el místico fervoroso y ardiente. Es la suya una de esas almas profundamente religiosas. Su religiosidad es la sincera y simple de los idealistas puros. Este aspecto de místico concuerda con la energía poderosa de su carácter, el equilibrio perfecto de su sólida complexión moral y la rectitud de sus principios é ideales políticos. Es quizá esta la más hermosa de sus características. Mr. Bryan ama á Jesús en su concepto puro, cuya doctrina de amor y de justicia predica de ciudad en ciudad con fervor sincero de apóstol.

Escuchándole sus conferencias religiosas se descubre en él el alma extática del idealista religioso. Su oración no es ya la vibrante y caldeada del político que arenga á la muchedumbre; ahora su gesto es melancólico y su actitud tranquila. Habla de los jóvenes cristianos, agrupación religiosa por cuya difusión trabaja doquiera se dirija. Su concepto del misticismo no es el predominante en el espíritu de todas las religiones. La doctrina que predica no sintetiza el ideal de amor pasivo y de contemplación letárgica á la divinidad: ella es de fuerza, de energía, de impulso preciso hacia la actividad; él lucha porque anide en las almas la fe; la fe en nosotros mismos, en nuestros semejantes y en el porvenir, porque ella es el resorte que mueve é impulsa el mecanismo de nuestro ser, conduciéndonos por un sendero de esperanzas; quiere el ideal sin el cual es imposible vencernos á nosotros mismos, dulcificar la amargura de la vida y proseguir sin rencores ni odios la marcha hacia el fin; su anhelo es que el hombre practique las virtudes cristianas que encarnando la justicia y el amor, sirven de fundamento á nuestra felicidad y enlazan á los hombres en un consorcio fraternal

* *

La América latina vé con satisfacción y regocijo la visita del distinguido hombre público norteamericano y le ofrenda el homenaje de su admiración y simpatía.

A. BRADOMIN

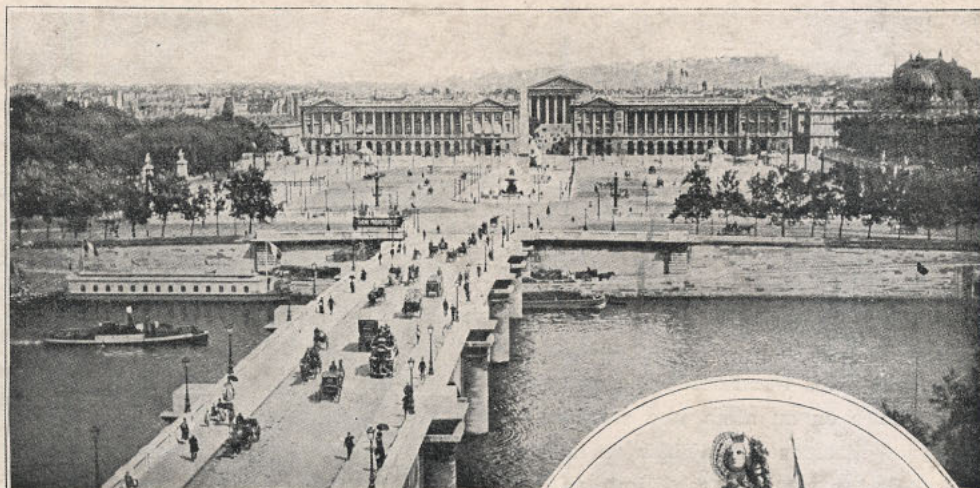


PARIS

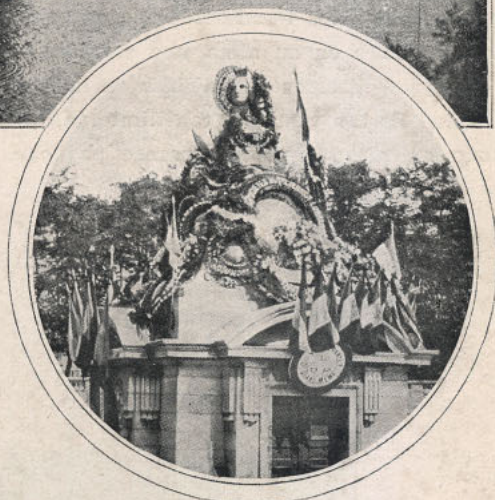
Las recientes inundaciones

***** provocadas *****

por el desborde del Sena



Plaza de la Concordia



Monumento de Alsacia y Lorena en la Plaza de la Concordia



Avenida de la Opera

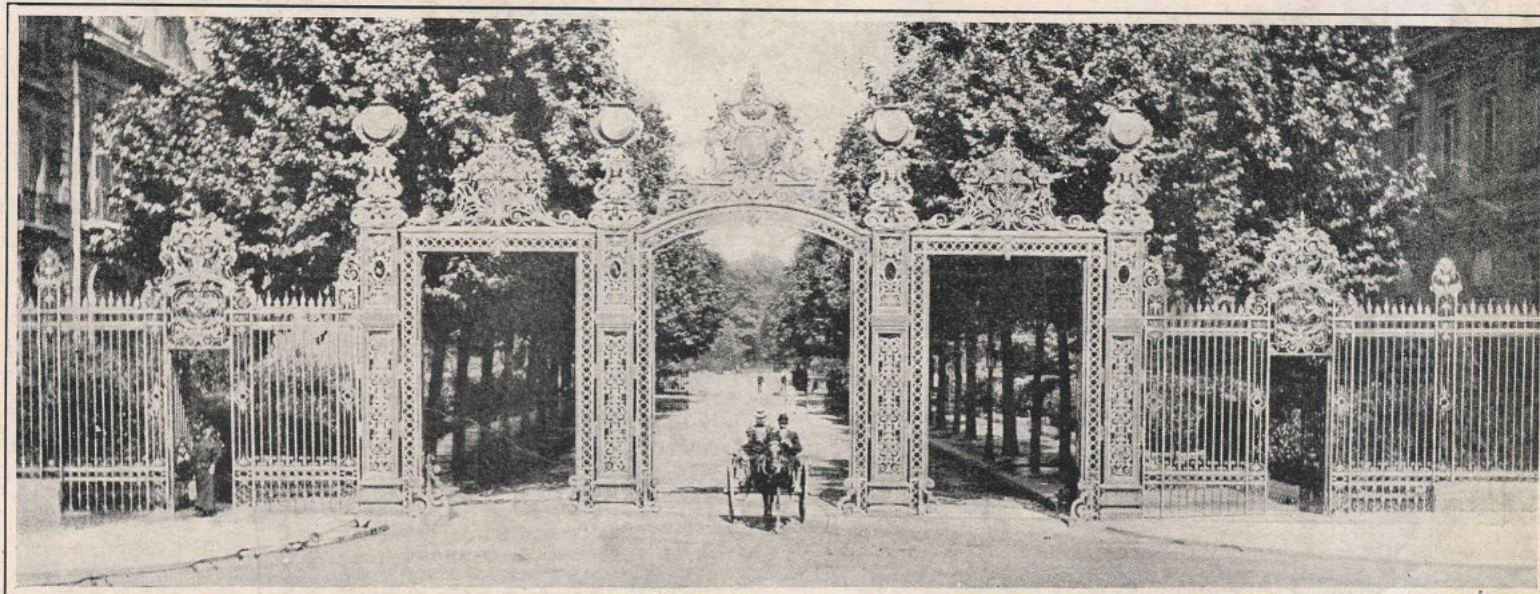
LA ciudad encantadora se encuentra inundada por las aguas del Sena. El cable ha venido á comunicarnos á este apartado rincón del mundo en que vivimos, la dolorosa noticia. París es, para nosotros los chilenos, algo así como una ciudad de ensueño. Todos nuestros deseos y nuestras aspiraciones se encaminan hacia ella. Sus teatros, sus monumentos, sus bibliotecas, sus museos, forman ya parte del patrimonio común de la humanidad.

Ningún país del mundo ha servido, en el mismo grado que Francia, de vehículo á las ideas generales, de transmisor de todos los grandes conceptos. Otros pueblos pueden inventar muchas

cosas útiles y bellas: Francia las recoge, las populariza, las devuelve transformadas al resto de la Humanidad.

Sus poetas, Víctor Hugo, Alfredo de Musset, Copée, Vigny, Lamartine, nacen versos que las mujeres de todos los países repiten, con hondo sentimiento, en las altas horas de la noche. Sus sabios, como Pasteur, Berthelot, producen revoluciones en la ciencia, investigan los microbios y la síntesis química. Sus pintores nos dan maravillosas obras de arte con Meissonier, Puvis de Chavannes, Corot, Millet y tantos otros que han comprendido é interpretado los divinos misterios del color y de la luz.

Damos en esta página una vista del Parque Monceau. Entre sus árboles corpulentos y magníficos, en el misterio de los ramares, se alzan las estatuas de Chopin y de Guy de Maupassant. Los chicos juegan por las avenidas recubiertas de concha blanca. Los pájaros cantan y se paran irrespetuosamente sobre las ca-



Una de las entradas del Parque Monceau

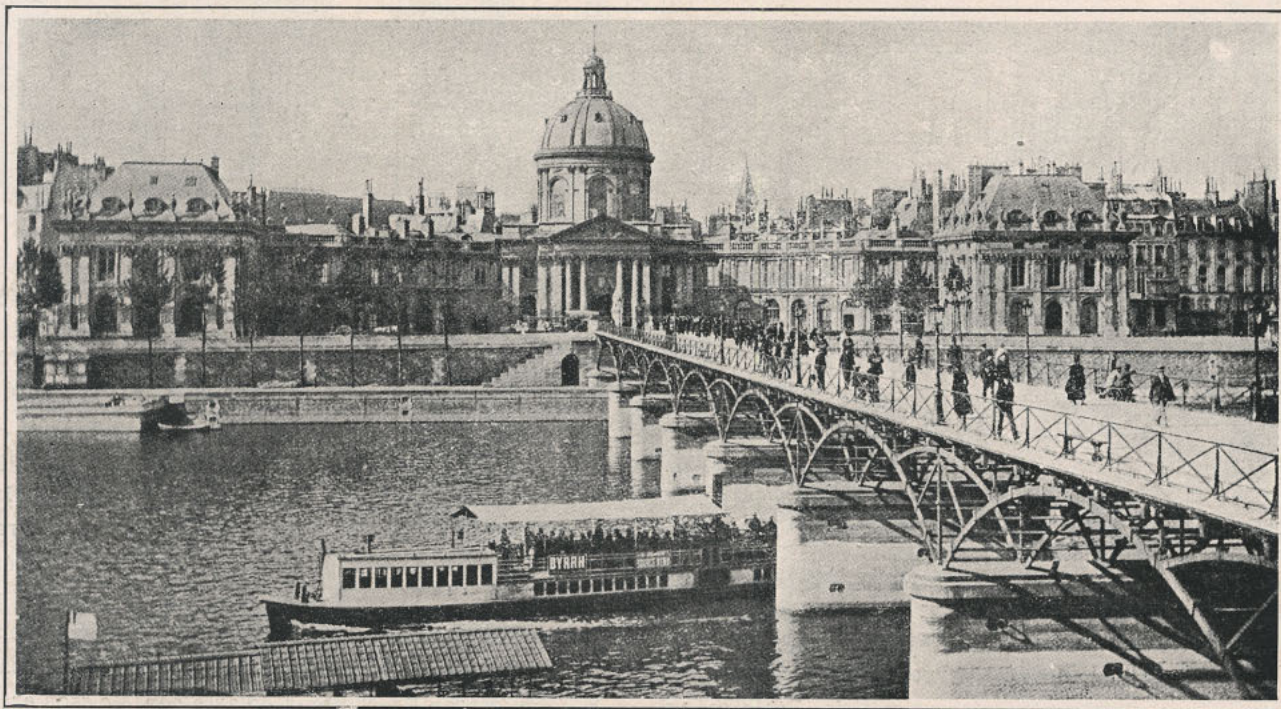
bezas de grandes hombres, ahora convertidos en mármol, á entonar los himnos eternos de la naturaleza y de la vida.

París es todo arte y todo belleza. El interior de sus templos encanta el espíritu, y de encanto en encanto lo encumbra hasta la divinidad. El Dios de París es un Dios alegre y bondadoso, el de las pobres gentes, el de los humildes. Sabe consolarlos poniendo en su alma una sonrisa.

Y, ¿qué diremos de la Plaza de la Concordia? Es tan vasta, es tan ilimitada, que todo en torno suyo nos parece pequeño.



Bosque de Bolonia



Puente y Plaza de la Concordia

Ahí se eleva el Obelisco de Lucqzor, traído del Egipto. Su hermosa piedra rosa parece evocar, en medio de los refinamientos de la civilización, la tristeza de las antiguas servidumbres. El Egipto con sus trajes, sus palmeras, sus pirámides, sus momias, sus

recuerdos de Reyes y Faraones desaparecidos, surge luminoso como una decoración más destinada al encanto y á la alegría de París. Por allí se dilataron, de repente, las ondas del río, con su color amarillento, y todo lo inundaron.

Esos mismos **boulevares** tan alegres, que ahora reproducimos, se vieron perseguidos por esa nueva y terrible invasión de los bárbaros. Los trajes elegantes, los carruajes vistosos, los automóviles, las multitudes bulliciosas, todo arrancó, todo se perdió, todo desapareció barrido por las aguas.

Pero la brillante capital renacerá de súbito, y la veremos de nuevo convertida en lugar de cita de todos los encantos y de todas las locuras. Sus teatros darán espectáculos deslumbradores; sus poetas, versos deliciosos; y sus mujeres, eternas sonrisas. París no puede morir. Hace falta en el mundo.



Uno de los boulevares inundados